Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

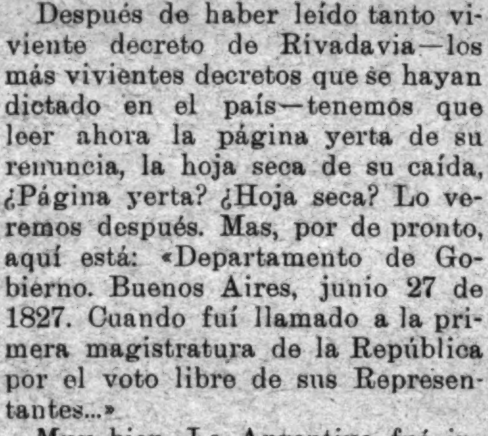
Tomo XXII — San José, Costa Rica — **1931** — Sábado 21 de Marzo — Núm. 11

Año XII. No. 531

SUMARIO

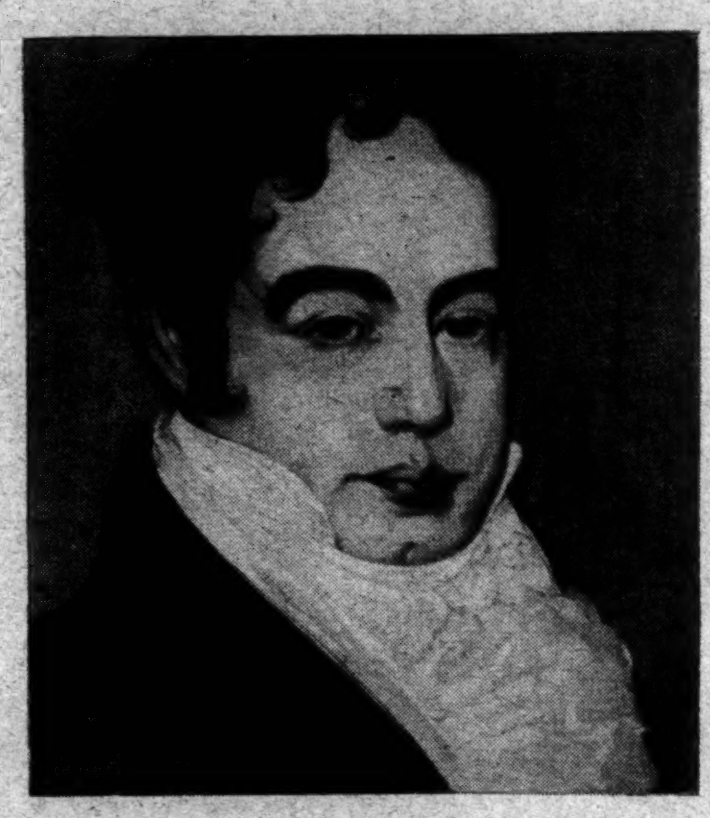
La renuncia de Rivadavia

= De *La Prensa*. Buenos Aires. =



Después de haber leído tanto viviente decreto de Rivadavia—los más vivientes decretos que se hayan dictado en el país—tenemos que leer ahora la página yerta de su renuncia, la hoja seca de su caída. ¿Página yerta? ¿Hoja seca? Lo veremos después. Mas, por de pronto, aquí está: «Departamento de Gobierno. Buenos Aires, junio 27 de 1827. Cuando fuí llamado a la primera magistratura de la República por el voto libre de sus Representantes...»

Muy bien. La Argentina fué invitada entonces a una grandeza sin par; y los rivadavianos creemos que hubo de serlo precisamente por órgano y voz de Rivadavia. Llegamos a suponer, inclusive, que podríamos contar a esta altura de la historia y del destino con una Argentina muy parecida en poderío y en desarrollo material a los Estados Unidos, sólo de haber prosperado a tiempo las ideas políticas y los principios económicos del grande hombre.



Rivadavia

Por *Ed. Alvarez.*

Pero Rivadavia debió alejarse, y medio siglo tardó la República en admitir y practicar lo esencial de su pensamiento político. En cuanto a las lógicas derivaciones de su pensamiento económico, nada anuncia un próxima adaptación. Al menos, en lo tocante a la enfiteusis, han pasado más de cien años desde que su gobierno la propusiera para movilizar la tierra pública. Sobrevino Rosas y ésta volvió a ser lo que siempre fué: maleza y breña entre las manos fiscales, cuando no pasó a engrosar bajo el dominio privado, los latifundios inconmensurables. Culpa de no haberse escuchado la palabra de Rivadavia en cosa tan digna de escucharse y de cumplirse. A tal grado, que si hoy pudiese el prohombre reconstituir su vida, no acertaría con mejor ofrenda y presente para su patria que el de la reiteración de aquel mismo proyecto glorioso.

¿En dónde íbamos? «Cuando fuí llamado a la primera magistratura de la República por el voto libre de sus Representantes, me resigné desde luego a un sacrificio que a la verdad no podía menos de ser muy costoso al que conocía los obstáculos que, en momentos tan difíciles, quitaban al mando toda ilusión y obligaban a huir de la dirección de sus negocios».

Sin embargo, el cielo de la patria se iluminó de señales venturosas. No hubo una sola alma en Buenos Aires que no se ofreciese a la esperanza. Las Heras había dicho al entregar las insignias del poder: «La situación presente de los negocios abre un inmenso campo a la virtud y al genio». Todos reconocieron con cuánta justicia merecía Rivadavia esas palabras. Fué más adelante, al conjuro de esas fuerzas fatídicas que empezaron a moverse en las provincias feudales, cuando dió en decirse que Rivadavia no había sido el hombre de su tiempo. Ved lo que pasa ahora mismo con el caso de la enfiteusis. Hay quienes dicen que llegó con ella demasiado temprano; hoy le dirían que llegaba demasiado tarde. A lo cual se pregunta uno, ante el mapa de la esterilidad y del desierto, cuál será, por Jesucristo vivo, en nuestro país, la hora de llegar a tiempo con una idea de grandeza y de gloria. Se acaba por no saber cómo tendría que hacer Rivadavia para que un día se le tolerase redivivo. Y no es mucho temer que como Clodoveo converso, se viese constreñido primero a quemar todo lo que antes adoró y a adorar todo lo que antes quemara, hasta hacer de él justamente un Anti-Rivadavia. Mientras tanto, la República está lejos de contar siquiera esos cuarenta millones de habitantes que ha tantos años hubiera sobrepasado, a buen seguro, bajo un régimen agrario—me limito si queréis al *ager publicus*—más decoroso y racional.

Críticos hay de la historia y de las letras—filosofastros sobre todo—que acomodan su pensamiento, incluídas sus convicciones cívicas, al tenor del último boletín extranjero. Estos son los que creen que Rivadavia se levantó muy temprano y que nosotros los georgistas y rivadavianos andamos de trasnochada.

Pero sea. Madrugó Rivadavia: aceptado. Madrugó Rivadavia: sólo que mucho más de lo que se cree. La nacionalidad flotaba todavía en la hora del caos cuando él se dispuso a evocar entre las polvaredas de las vagas intenciones, la plena gloria de la patria futura. Sea también aceptado que Rivadavia no fué más que un pintor de espejismos; aunque yo quisiera saber qué hubiera sido de la patria sin este arquitecto de las nubes—aceptado—que adelantaba en el páramo, a modo de un Moisés, la imagen de la nación venidera. Quisiera saber en qué hubiese ido a parar la nacionalidad argentina sin «la aventura presidencial del señor Rivadavia», como es norma decir renegando con López. Lo cierto es que Rivadavia propuso genialmente las soluciones que al fin se adoptaron: capitalización de Buenos Aires, constitución ecléctica, presidencia nacional. Así dejó listos los planos de la nacionalidad. Si no hubiese sido él hubiera sido otro: aceptado. Pero fué él.

El mismo que en ese triste junio de 1827 decía: «Entré con decisión en la

nueva carrera que me marcó el voto público, y si no me ha sido dado superar las dificultades inmensas que se me han presentado a cada paso, me acompaña al menos la satisfacción de que he procurado llenar mi deber con dignidad; que cercado sin cesar de obstáculos y de contradicciones de todo género, he dado a la patria días de gloria que sabrá ella recordar con orgullo...» Con tales palabras se alejaba; pero antes había sustentado un hecho incontrastable. Había sido el primer presidente argentino. Lo había sido con todas las insignias y todos los atributos del mando. Lo había sido con suprema dignidad, con perfecta entereza. Él, como primer presidente argentino, había abierto una puerta que nadie nunca más lograría cerrar. Obstruirla, sí; cerrarla, no.

El derrumbamiento de la obra dejó un hueco institucional que sólo se llenaría con la restauración de aquella misma presidencia que se derrumbó. Y en efecto: desaparecido Rivadavia, la nación por modo consciente o inconsciente, sólo vive para la restitución de su obra: tan inmenso resultaría su poder de sugestión, así pareciera tan soñador y tan iluso. La nación entera se puso a soñar el retorno de la presidencia perdida, la recomposición de la unidad armoniosa. Se le tomará como un profeta, como un hombre del porvenir, porque sus ideas parecen «proyecciones sobre lo venidero». Aceptado. Pero es mucho más que esto. Es el hombre que impone el futuro, el que por mandato de su voluntad inspirada lo actualiza, siquiera sea en la duración de un relámpago. Pero ello es que en un abrir y cerrar de ojos lo edifica totalmente. ¿Cae su obra? ¿Se rompe el espejismo? Aceptado. Cae su obra. Se rompe el espejismo. Pero los planos quedan. Y su presidencia viene a ser para los destinos del Plata como el templo de Salomón para Israel: destruido, sí, pero tan intacto en el recuerdo, que su visión ya no se borrará jamás.

No creo en modo alguno que la esperanza de los pueblos se alimente tan sólo de vaticinios venturosos. Más bien se debilita la nacionalidad mascando ese haschich. Los hechos son de una necesidad perentoria. Ver un presidente en el sitial presidencial llegó a ser de capital necesidad para nuestra patria. Verlo fué la única manera de creerlo. Y con Rivadavia se vió la silla presidencial, y se vieron la banda de la unión y el bastón del mando. «El más grande hombre civil de la tierra de los argentinos», como sentenciara Mitre, no solamente lo fué por todo lo que realizó—salvar a la patria y hacerla libre—sino también por todo lo que quiso realizar y no pudo. Gracias a él, la patria concibió la república representativa, tal como debía ser. Nada menos que en este gran misterio anda mezclado el sino de Rivadavia.

Como ceniza en la boca se sentía en ese triste día de junio después de leída la renuncia del prócer... «Por desgracia, dificultades de nuevo orden, que no fué dado prever, han venido a convencerme de que mis servicios no pueden en lo sucesivo ser de utilidad alguna; cualquier sacrificio de mi parte sería hoy sin fruto. En este convencimiento, yo debo, señores, resignar el mando, como lo hago desde luego, devolviéndolo al Cuerpo Nacional de quien tuve la honra de recibirlo».

Hay dos cosas muy fáciles de hacer en un mundo que nace: traicionarlo con el mortal beleño del culto al pasado o dar banquetes de palabras a las generaciones ansiosas. Salvar del pasado únicamente lo que se debe salvar, y sólo eso, e inspirar con prudencia definitivas y radicales reformas: he ahí lo difícil de hacer; y he ahí justamente la obra de Rivadavia. Es dignísimo de notar cómo se acerca a España, cómo tiene la osadía de volver al pasado para recoger en el acervo español aquellas cosas que estaban como aparejadas para América. Ese ideal político tan hondamente estudiado por Rafael Altamira en los hombres del siglo XVIII español; ese ideal político vigorosísimo de restaurar la riqueza, fomentar la población, cultivar la tierra, levantar la industria y abrir nuevas rutas al comercio, es el ideal que Rivadavia recoge. De este modo él se propone primero que nadie colonizar y poblar los territorios inmensos. Poblar colonizando, y no poblando por poblar; poblar mejorando la agricultura, y cultivando las zonas que piden grano, y favoreciendo a la clase trabajadora, bien a la manera como se hizo en Andalucía, en Murcia, en Extremadura, en Alicante, donde se repartió gratuitamente la tierra o fué dada en enfiteusis, ya para ser saneada, ya para reducirla a cultivo.

Sobrábales motivo a los españoles residentes en Buenos Aires para deplorar también el retiro de Rivadavia. Ellos fueron acaso quienes más prontamente le hicieron justicia. Y bien que la necesitaba el prócer caído. «Quizás hoy no se hará justicia—decía al dimitir—a la nobleza y sinceridad de mis sentimientos, mas yo cuento con que al menos me la hará algún día la posteridad, me la hará la historia».

Más adelante decía: «Después de esto, yo me atrevo a recomendarles la brevedad en el nombramiento de la persona a quien debo entregar una autoridad que no puede continuar por más tiempo depositada en mis manos». El tono de la renuncia acentuó la gravedad de aquellos momentos solemnes. Algo más de un año atrás, el 8 de febrero de 1826, al subir Rivadavia las gradas del Fuerte, investido del poder supremo, las salvas de los cañones llenaron los ámbitos: las salvas de la fortaleza, las salvas de la escuadra, las salvas de las baterías del Sur y del Norte. Ahora, un perfecto silencio. Comenzar de nuevo. Retornar a la dispersión y a la flaqueza. Ser solamente las Provincias Desunidas del Sur. Algunos cabildeos. Algunos conciliábulos. Y como la sombra de un gran pecado en el aire.

La Representación Nacional respondió en punto a lo que más nos importa: «V. E. desciende conducido por la mano de la ley y esto no sólo es honorable a su persona, sino benéfico a la República misma. Ahora es también cuando el Congreso debía justificar su elección, clasificando dignamente los distinguidos servicios de V. E.; mas, de este justo y noble empeño le exoneran por fortuna la evidencia de las cosas, la existencia misma de la patria (de esta patria tan digna de mejor suerte), sus triunfos y sus glorias. Debe, pues, por ahora el Congreso contentarse con cerrar esta contestación, interesando el patriotismo de V. E. para que ejerza el mando de la República por los pocos días que transcurran mientras se elige la persona que lo ha de subrogar». Y la fecha: 30 de junio.

Entonces Rivadavia retuvo el poder, pero nadie sabe hasta cuándo. La gente cree, guiándose por los archivos, que fué cosa de algunos pocos días más. Se equivoca la gente. Rivadavia retuvo el poder hasta después de su muerte, hasta que hubo otra vez Presidente de la República a quien pasar las sagradas insignias, y como quien dijera, los planos del templo. Rosas gobernó siempre con tanto miedo porque sabía que Rivadavia estaba allí, en todas partes, con su bastón y su banda presidenciales. Cuando se supo que Rivadavia había muerto—año de 1845—se le vió como nunca presente. Rivadavia era un muerto de los de Comte: un muerto que mandaba con el imperio de un dios.

Arturo Capdevila

Buenos Aires, 1930.

Eurípides

=Introducción al volumen que contiene las admirables versiones en verso inglés que hizo Sir *Gilbert Murray* del *Hipólito* y de *Las bacantes* de Eurípides y de *Las ranas* de Aristófanes. Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para *Repertorio Americano*=

5.—*Véanse las entregas 7, 8, 9 y 10.*

Probablemente todos los dramaturgos que poseen fuertes creencias íntimas, ceden a veces a la tentación de emplear a algún personaje de sus obras de portavoz de sus sentimientos propios. Y el Coro griego, creación semi-dramática, semi-lírica, era, reconocidamente, medio adecuado para ese fin. Desde luego, escritor ninguno emplea, o por lo menos no debiera emplear, el drama para expresar sus «meras opiniones» acerca de cuestiones corrientes o vulgares, ni para anunciar su partidarismo en la política ni su sectarismo en religión. Pero la composición dramática se presta a las mil maravillas para expresar aquellas creencias y aspiraciones de índole casi inefable que el hombre siente temblar dentro de su ser, ávidas de expresión, pero que él no puede ni declarar en lenguaje llano ni aseverar sin aceptar de lleno la responsabilidad resultante. En el drama se pueden decir estas cosas que ansían ser dichas; se les puede dar la oportunidad que anhelan; se puede librar la mente de su acoso. Si resultan naderías, no es uno, sino un personaje del drama quien las ha dicho!

La religión de Dionysos en la forma en que la halló Eurípides, ya estaba adelantada en vía mística, ya se espiritualizaba; ya, también, estaba medio reformada y medio petrificada por el sacerdotalismo, por el movimiento órfico, y era, por consiguiente, mezcla de muchas cosas, que se prestaba a la expresión dramática e indirecta.

A simple vista era algo grosero, pero podía idealizarse fácil y maravillosamente! Eurípides parece haber sentido un peculiar interés, rayano en entusiasmo, por sublimar sus doctrinas, por darles una interpretación filosófica o en tono profético, adivinando lo que los hombres podrían hallar en esa religión si se tomaban la pena de buscarlo. Y, a la vez que hacía eso, quedaba libre de responsabilidad. Deja a sus Bacantes entregarse de cuando en cuando a los furores de sus éxtasis, como era de rigor que se entregaran. Mezcla entre sus cantos lo que por cuenta propia quería decir, pero evade toda responsabilidad inherente en el culto donysiaco o en los ritos órficos.

El Dionysos que Eurípides toma del concepto corriente que se tenía del dios en su época, es la deidad de toda elevada emoción, de toda inspiración, de toda embriaguez. Él preside la creación de la poesía, especialmente de la poesía dramática. Él les ha dado a los hombres el Vino que a la vez que símbolo religioso, es su verdadera Sangre. Él purifica de pecado. Carece de sentido, desde luego, el hablar de una purificación de «mero ritual» en contradistinción de una purificación real y efectiva. El ritual, mientras está imbuído de vida, está preñado de espiritual significación, y, con frecuencia, puede expresar precisamente aquellos trascendentes sentimientos que las palabras no logran decir, de la manera como una mirada, o un apretón de manos a veces pueden expresar más que un saludo verbal. Dionysos purificaba con espiritualidad tan plena como fuese amplia la necesidad del purificado. Y al purificado le concedía Júbilo místico, de intensidad más honda que la de que es capaz el hombre no purificado, la Alegría de un dios o de una fiera libre. Las Bacantes en este drama lo llaman por sus muchos nombres *(vv. 725 ss.)*:

«Baco, Bromios, Señor,
Dios de Dios nato»; y hasta las montañas
mismas lo adoran, y las alimañas
que para hacer su gloria van brincando
en la espesura agreste, y, delirando,
aturden con sus voces y sus gritos
el bosque, y con su música de pitos.

Tal es el dios a quien Eurípides celebra.

El poeta había vivido casi toda su vida en una gran ciudad, rodeado de gente de elevada educación; entre tormentosas ambiciones y rivalidades feroces; en medio a un escepticismo general, causado en un principio, no cabe duda, en la mayoría de los casos, por una aspiración religiosa más elevada que las aspiraciones de los hombres ordinarios, pero convertida, a la postre, en irreligiosidad árida; en una sociedad ultrapolítica, dirigida, en los últimos años, por la clase de hombres de quienes Platón decía que, si les mirásemos el alma, veríamos «el brillo filoso de su ojo pequeñito»; en un ambiente encallecido de la manera que dice Tucídides en el pasaje largo que ya hemos citado de su libro. Eurípides había vivido toda su vida entre esta gente; durante muchos años le había tocado dirigir sus actividades, por lo menos en cuestiones de arte y de intelecto; durante muchos años había luchado con esa sociedad. ¡Y ahora ya estaba libre de ella!

Se sentía como animal perseguido que ha escapado de sus perseguidores; como cervatillo que ha huido al bosque, a la espesura, y así lo dice en un pasaje lírico cuya nota personal suena como sobretono fácil de oír *(vv. 862 ss.)*:

Soy cervatillo que huyo a la espesura,
bello hasta el cuello hundido en la verdura,
libre por fin del cazador salvaje:
El terror quedó lejos,—la jauría...

Pero, aunque lo ha dejado lejos, el terror le persigue todavía; y el poeta no se da tregua en su fuga hacia regiones más apartadas y solitarias aún, adonde ni grito de cazador ni ladrido de mastines puedan alcanzarle. «¿Qué, si no esto, es la sabiduría?» pregunta en uno de sus más admirables coros:

¿Qué, si no esto, es la sabiduría:
Qué, si no esto, vale toda pena:
Qué, si no esto, Dios es la alegría
que das en galardón al alma buena:
Sentirse libre, libre de temores,
respirar sin zozobra el quieto ambiente,
Tu mano sobre el Odio, Tus labios en las flores,
y verte en la Belleza, y amarte eternamente?.

Había escapado y sentíase feliz; ya el Odio no podía alcanzarle. Más aún. Él había hallado seguro, y, en cambio, quienes le odiaban se debatían en medio de tormentos. Tremendo juicio había recaído sobre aquellos que habían resuelto no tener nada que ver con «los tres enemigos mortales del Imperio: la Compasión, los sentimientos Elocuentes, y la Generosidad propia de los Fuertes»; sobre los que habían vivido, como dice Tucídides en otro pasaje *(vi. 90)*, en sueños de conquista cada vez mayores: La conquista de Sicilia, la conquista del Sur de Italia, la conquista de Cartago y de su imperio, la conquista de toda tierra bañada por el mar. Habían olvidado la esencia de la religión, las leyes eternas, el juicio que acecha a quien «adora a la Fuerza Despiadada»; a quien—

sueña ensimismado,
olvidándote a Ti, sueños de orgullo
y de poder por Ti no consagrado.—*vv. 885 ss.*

Canta contra la irreligión que tales ambiciones implican, cuando dice, en el mismo coro:

Porque echó de su pecho Tus mercedes:
Porque Tu fe la despreció en el suelo:
Porque nunca los ojos alzó al cielo,
ni quiso comprender, envanecido,
que así como Tu Ley antaño ha sido
así es, y será. Único fuerte
refugio salvador contra la Muerte!

En el final de este canto, toma las palabras rituales de ciertos viejos himnos báquicos y, cambiándolas apenas, las emplea para expresar con mayor claridad su propia doctrina positiva:

¡Feliz aquel
que en su bajel
venció a la tempestad y llegó a puerto:
Feliz, feliz el alma
que halló en la vida calma
y olvida la tormenta de lo incierto!

Los hombres pugnan con muchas ambiciones, se agitan con innúmeras esperanzas, las más de entre ellas en conflicto entre sí mismas, las más de entre ellas de inherente falta de valía; y aún cuando las esperanzas se cumplan y las ambiciones se logren, nadie que obtenga semejante triunfo ha conseguido felicidad por ello.

¡Pero el que sabe, libre de recelo,
que la vida en sí misma es toda dicha
ése ya tiene conseguido el cielo! [1]

Sir Gilbert Murray

(Concluirá en la próxima entrega.)

[1] *Dionysos les ha anunciado a sus Bacantes que «el león ha caído en la red»; que Penteo,—Rey de Tebas, que le ha negado adoración,—vestido de mujer para espiar los misterios dionysiacos, llegará entre ellas; y les profetiza que perecerá. El Coro queda solo y canta:*

Estrofa

¡Oh Mano del Señor, lenta y callada,
que inexorablemente
sobre la Voluntad Entronizada
del que adora a la Fuerza Despiadada
has de caer para abajar su frente:
No tardes ya, que sueña ensimismado,
olvidándote a Ti, sueños de orgullo
y de poder por Ti no consagrado!
Tú, como cazador, le tiendes redes
en que lo empuja el Tiempo, entre el murmullo
que hace su corazón, porque Tú puedes.
¡Vano es su palpitar contra Tu mano,
vana la argucia, y el cerebro vano:
Porque echó de su pecho Tus mercedes:
Porque Tu fe la despreció en el suelo:
Porque nunca los ojos alzó al cielo,
ni quiso comprender, envanecido,
que así como Tu Ley antaño ha sido,
así es, y será: Único fuerte
refugio salvador contra la Muerte!

¿Qué, si no esto, es la sabiduría:
Qué, si no esto, vale toda pena:
Qué, si no esto, Dios, es la alegría
que das en galardón al alma buena:
Sentirse libre, libre de temores,
respirar sin zozobra el quieto ambiente,
Tu mano sobre el Odio, Tus labios en las flores,
y verte en la Belleza, y amarte eternamente?

Antiestrofa

¡Si volveré a danzar larga la danza
en medio a las doncellas
toda la dulce noche hasta que alcanza
seguro cumplimiento la esperanza
y el carro de la aurora a las estrellas!
¡Si sentiré mojados mis cabellos
de rocío fresquísimo, y la brisa
sorber a prisa la frescura de ellos!
¡Si volveré a ser libre en el boscaje,
si sonarán los bosques con mi risa,
si nada temeré tras del ramaje!
Soy cervatillo que huyo a la espesura
bello hasta el cuello hundido en la verdura,
libre por fin del cazador salvaje:
El terror quedó lejos,—la jauría
que me amargó la vida noche y día:
Los hombres malos y las cosas vanas.
Ahora, alegre entre criaturas sanas
viviré sin temor: ¡Único fuerte
refugio salvador contra la muerte!

¿Qué, si no esto, es la sabiduría:
Qué, si no esto, vale toda pena:
Qué, si no esto, Dios, es la alegría
que das en galardón al alma buena:
Sentirse libre, libre de temores,
respirar sin zozobra el quieto ambiente.
Tu mano sobre el Odio, Tus labios en las flores,
y verte en la Belleza, y amarte eternamente?

Epodo

¡Feliz aquel
que en su bajel
venció a la tempestad y llegó a puerto:
Feliz, feliz el alma
que halló en la vida calma
y olvida la tormenta de lo incierto!
Grabada está en la esfera de la vida
la sentencia de lucha, ¡y de desdicha!
¡Caído corazón, alma caída,
o bien logrado cuanto fue soñado,
todo es vacío, pena y desagrado!
Pero el que sabe, libre de recelo,
que la vida en sí misma es toda dicha,
ése ya tiene conseguido el cielo!—*Tr.*

Campo

=De *Trópico* (1928-1929). Por Eugenio Florit. Ediciones de *1930*. La Habana=

(A Rufina, que nació al tiempo de madurar la guayaba.)

1

Por el sueño hay tibias voces
que, persistente llamada,
fingen sonrisa dorada
en los minutos veloces.
Trinos de pechos precoces,
inquietos al despertar,
ponen en alto el cantar
dorado de sus auroras
en tanto que voladoras
brisas le salen al mar.

2

Eco y cristal vienen juntos
hasta la falda del monte.
Voz de escondido sinsonte
y de caudales presuntos
aprisionan en dos puntos
un silencio de mañana.
Eco gira por la vana
concreción de la maleza
y el cristal, ya río, empieza
a dividir su sabana.

3

Dulce María a su misa
de Domingo va cantando
y el sol la sigue besando
a la mitad con la brisa.
Ya desde lejos divisa
mal camino carretero:
pone en corazón entero
devoción dominical
y se hace camino real
todo el largo del potrero

4

Húndese la luz inquieta
para abrirle unas pupilas
y logre el monte tranquilas
horas mirar por su grieta.
El agua, entonces sujeta,
rompe pretéritos lazos
y al saltar hecha pedazos
de fresca cristalería
condensa luces del día
con la sombra entre sus brazos.

5

Realidad de fuego en frío,
quiébrase el sol en cristales
al caer en desiguales
luces sobre el claro río.
Multiplícase el desvío
del fuego solar y baña
verdes los campos de caña
y telas de cafetal.
Luego vuelve a su cristal
y en los güines se enmaraña.

6

Chirriar del grillo apresado
en ruedas de la carreta
gira volcando en la veta
del camino verde prado.
Surge al fin, término ansiado,
máquina devoradora;
desmenúzanse en su hora
grumos de verde hecho nieve
y en bocas abiertas llueve
la blanca ilusión traidora.

7

Vi desde un pico de sierra
—con mi soledad estaba—
cómo el cielo se aprestaba
a caer sobre la tierra.
Nubes de color de guerra
con fuegos en las entrañas
hundían manos extrañas
en las ceibas corpulentas
y la brisa andaba a tientas
rodando por las montañas.

8

Arde el sol y muerde el llano,
rabia de luz en la tienda.
Ay, río, que no te venda
tu dueño al americano.
Sombra de río y de guano,
agua fresca al mediodía
para mojar la falsía
del sol que abusa en su cumbre.
Sol, cuando apagues tu lumbre
y se esté cayendo el día...

9

Vuelo de garza en el marco
de tan exigua laguna
que quiebra su luz la luna
en la orilla, como un barco.
Güin osado sale en arco
y apunta a la garza en vuelo.
Caen estrellas desde el cielo
a florecer en canciones
y vuelan los corazones
desde la jaula del suelo

10

Sale nota del bohío
con luz del brazo a la tarde.
Deja, nota, que te guarde
para escucharte en el río.
Amplificarás tu brío
en el cóncavo cristal
y al sentirte en aire igual
a clara estrella del cielo
rimará con cielo y vuelo
al callado manigüal.

11

Brillan luces voladoras
tan sueltas sobre la casa
como luminosa masa
partida en tenues auroras.
Entre las brisas sonoras
son átomos de diamante.
Alza el brazo caminante
al cruzar por la arboleda
y presa en la mano queda
una chispa titilante.

y 12

Flecha en un éxtasis verde
ilusionada en su altura
contempla la tierra dura
y en un suspiro se pierde.
Se empina a la luna y muerde
nácar azul de verano;
lo derrama sobre el llano
con pinceles de destreza
y se tiñe la cabeza
con seda de luna en guano.

Eugenio Florit

Persiflage

Gissing mete su cuchara en la olla podrida de los Libros de Lectura

= Colaboración directa =

Al Profesor de Estado don ***Moisées Vincenzi***, porque los almanaques que ha publicado para lectura de los niños de escuela superan a los que se importan.

En una de sus cartas a Atico, Cicerón nos cuenta cómo cierta fiesta pública romana no pudo celebrarse porque quien debía presidirla, el gran patricio Memmio, estaba ocupado en enseñarle eróticos misterios a la esposa de M. Lúculo, el hombre de los grandes banquetes. «El nuevo Menelao—dice Cicerón—, ha tomado a mal la cosa y ha repudiado a su Helena». Antes de coronar a M. Lúculo, Memmio había requerido de amores a la hija de Gayo Julio César, esposa de Pompeyo. La decorosa Julia cometió la indiscreción de contárselo a su marido, y de mostrarle la carta en que Memmio le proponía impúdicos deleites. Descendiente de una de las familias más ilustres de Roma, hijo y sobrino de oradores insignes, acostumbrado desde su juventud a intervenir en la política, gran señor en todo sentido, Memmio, al ser nombrado Gobernador de la Bitynia llevó a su corte al gramático Nicias y al poeta Catulo, dándose el lujo, fastuoso en toda época, de rodearse de literatos de fama. Además de don juan, fué cuestor, fué pretor; César lo acusó de mal gobierno en Bitynia, y él se defendió con fogosidad y virulencia dejándonos un retrato de Gayo Julio en el que podemos ver todas sus verrugas morales. Enemigo de L. Lúculo, lo acusó queriendo impedirle el triunfo merecido por vencer a Mitrídates. Más tarde aspiró al consulado, con tan mala suerte que, habiéndosele probado que empleó el soborno, fué desterrado. Amante de la literatura y del arte griegos, que estaban de moda en su mundo, se estableció en Atenas; escribió versos «abundantes en licencias no siempre poéticas», y murió de cierto mal que antes le paralizó la mitad de la cara.

A ese personaje le dedicó Lucrecio su poema *De rerum Natura*.

Memmio era amigo del poeta. Amigo, que no favorecedor. No sé qué tiene el servilismo, aún cuando se revista de nobles formas, que da asco. Mecenas no es individuo grato, y mucho desmerecen sus favorecidos Vigilio y Horacio, por los loores que le cantan. Su grandeza de poetas viene a menos en cuanto recordamos las miradas de gratitud, virtud perruna, con que seguirían todo gesto de su huésped sentados a su mesa y llenándose la panza de su pan y de su vino. La glorificación que hacen de Roma tampoco me entusiasma. Horacio y Virgilio no eran romanos; no se habían amamantado en la ubre de la loba; leche de vaca de provincia había satisfecho su hambre de recién nacidos. Roma los deslumbraba. Uno siente que eran inferiores a ella. Y entonces nos disgustan como nos disgusta en Darío, que no tenía un pelo de francés, el elogio continuo que hace de la cara Lutecia. Del nicaragüense sabemos, dicho por él mismo en su autobiografía, que en París vivía fuera de París, sin roce íntimo con nadie del mundo literario de allí; inapreciado. Ropa prestada parece el amor a Francia que finge en sus versos. Porque, en el fondo, no amaba a Francia, no amaba a París. Cariños tuvo, muy hondos, por lo suyo. Pero la presunción, rasgo característico de su escuela literaria, lo llevó a ponerse un afrancesamiento artificial, a afectar afrancesamiento; pero nunca fué afrancesado: poeta ninguno ha sido tan castellano en el habla, poeta ninguno ha sido psicológicamente tan hispanoamericano del trópico. «Con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo» es farsa y literatura y comedia. Su fuerza no era con Hugo sino con Lope, más fuerte que Hugo, y su ambigüedad no con Verlaine sino con Góngora, más ambiguo y de mejor manera que *le pauvre Lèlian*. Para querer a Darío hay que perdonarle presunciones. Y se las perdonamos porque es nuestro. Para perdonar a Horacio y a Virgilio hay que sentirlos nuestros. Sólo cuando olvidamos a Mecenas los podemos admirar sin dique a nuestra admiración.

Lucrecio era distinto. A Roma no la elogia: la fustiga. Lucrecio era el favorecedor de Memmio. Lucrecio, estamos seguros, quería reformar que no alabar al patricio, y, patricio él mismo, de la familia de aquella Lucrecia cuya violación por Sexto Tarquino fué motivo inmediato que ocasionó la caída de la monarquía, Lucrecio era benefactor de Memmio que no su protegido. Lucrecio no necesitaba de Memmio. Virgilio y Horacio sí necesitaron de Mecenas. No sé qué glándula tengo entre el enredo de mis tripas que constantemente mana lástima, cuando no desprecio, por aquellos que son necesitados, y odio, odio feroz, contra la necesidad, tan frecuente, de aceptar de grado la condición de necesitado. ¡Quién fuera libre, independiente, soberano, como mi viejo amigo, el sabio Gissing. Es Gissing quien me ha mandado hoy, escritas de su puño y letra, recordadas de memoria por él, que tan excelente memoria tiene, las octavas reales en que Geoffrey Chaucer puso en soberbio inglés la invocación a Venus con que comienza el poema de Lucrecio. Y en larga carta, que algún día publique íntegra, me dice:

«Estoy casi seguro de que en tu Escuela a Lucrecio se le conoce sólo superficialmente. A pesar de que se tiene la creencia de adolecer la educación, en estos pequeños países de América, de demasiado apego a la Literatura, no es a la Literatura a lo que se rinde culto entre vosotros sino al remedo de ella cuya expresión más elocuente hallarás en los almanaques. El grueso de vuestros literatos no son literatos sino almanaqueros. Y no puede ser de otro modo cuando, desde su más tierna edad, es a literatura de almanaque a lo que se educa el gusto de vuestros niños de escuela.

»Ayer he conocido a una preciosa niña, morena y fina, no mayor de trece años de edad, pero casi una mujer. Está en la época de la vida en que el alma se abre para recibir influencias. El amor es nuevo y precioso para ella. La literatura preciosa y nueva. Concurre a una de las escuelas públicas de San José. Vino a pasar el día con mi fiel Maruxa Castro. ¡Cómo se le iban los ojos, cómo se le iban las manos, por mis libros! Había traído los suyos y le propuse que me los prestara a cambio de los míos que ella quisiera. No sé qué volumen habrá tomado de mis estantes. Yo me puse a leer detenidamente su libro de lectura. ¡Qué mamarracho! Es de un tal Estévanez. Me parece criminal el empleo de semejante almanaque en la enseñanza de criaturas como ésta. Hoy mismo envío por los libros de Mantilla de que tú me hablaste. También por el *Lector Americano*. Si es cierto lo que me has dicho, es preciso que emprendas campaña contra el uso de este último y del que me ha hecho conocer el lirio moreno que ayer llenó mi casa de alegría. Bien se ve que los maestros que han escogido esos malos libros, jamás, mientras estudiaron en tu Escuela, adquirieron gusto literario ni conocimiento remoto de lo que debe ser la lectura. Creeré que la situación tiene remedio si logras que en tu Escuela se llegue a conocer a Lucrecio. ¿De qué maña te valdrás? ¿Tenéis vosotros en vuestro idioma alguna buena traducción del gran poema?

»Quizas se interesen tus alumnos en Lucrecio si les cuentas lo que de él narra San Jerónimo: que por apurar un filtro que le dió una celosa enamorada suya, enloqueció; que escribió en sus instantes lúcidos, y que a los cuarenta y cuatro años de vivir, por el 50 antes de Cristo, se suicidó. Ello no se debe tener por cierto, aunque lo diga tan gran santo, pero la personalidad del poeta puede intrigar a tus muchachos si saben esas noticias de él».

Hombre de escasos recursos para despertar entusiasmos, si este *Persiflage* no aviva interés en Lucrecio, me doy por vencido. ¿Valdrá la pena enseñar a leer?

Persiles

Heredia, marzo, 1931.

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Una institución benemérita:

El Instituto de las Españas en los Estados Unidos (500 Philosophy Hall. Columbia University. New York City), prosigue con sus ediciones apreciables. Hoy hemos recibido:

Lope de Vega, *El desdén vengado.* Edited, with introduction and notes by Mabel Margaret Harlan, Ph. D., Asociate Profesor of Spanish. Indiana University

A study of the dramatics works of Cristobal de Virués. By Cecilia Vennard Sargent, Ph. D., Assistant Profesor of Spanish. Wilson College.

Waldo Frank in America Hispana.

Antonia Mercé La Argentina. Por Angel del Río, Gabriel G. Maroto, Federico G. Lorca y Federico de Onís.

De la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional (405 West, 117th Str. New York City), hemos recibido:

Nicholas Murray Butler, Presidente de la Universidad de Columbia: *El uno y los Mas y otros Ensayos.* Los traduce y prologa el Prof. Jorge Roa, de la Universidad de La Habana, 1931. La Habana.

Estas son las novedades de la editorial Espasa-Calpe, Madrid:

Lor Byron: *Tragedias*, Madrid 1931.

Es el tomo V de las Obras Completas de Byron, revisada por el Prof. Francisco Gallach, del Instituto y Escuela Industrial de Valencia, España.

Tomos anteriores: *Peregrinación de Childe-Harol, El Corsario* y *Don Juan.*

Aristóteles: *Lógica.* Tomos tres. Traducida y preparada por el Prof. Francisco Gallach Palés.

Con la *Lógica* empieza la Nueva Biblioteca Filosófica la edición de las Obras Completas de Aristóteles. Recomendamos esta Biblioteca a los amantes de los estudios filosóficos.

Sacco y Vanzetti. Un grave error judicial, por el Dr. José Agustín Martínez, Habana. Cultural, S. A.—Madrid. Espasa-Calpe, 1930.

De la serie «Estudios de Derecho Penal». Casos célebres.

De la serie «Viajes y aventuras, antiguos y modernos»:

La conquista de Méjico por Hernán Cortés. Según Díaz del Castillo. Por el Dr. H. G. Bonte. Traducción del alemán. Madrid. Bruno el Amo, editor 1930.

Felipe Bockenheimer: *Por la América del Sur.* Cindades antiguas y modernas. Traducción del alemán. Madrid. Bruno el Amo, editor. 1930.

En las ediciones de La Revista Blanca (Calle Guinardó, 37 Barcelona) ha salido *Mi Vida*, por Federico Urales. Hemos recibido el tomo III.

Los últimos títulos de la Editorial Cenit, Madrid.

Ernesto Glaeser: *Paz.* Trad. del alemán por Fermín Soto. Madrid, 1930.

De la serie «Novelistas Nuevos». Esta novela es la continuación de la celebrada y conocida del mismo autor: *Los que teníamos doce años.*

Heinrich Mann: *El angel azul.* Versión directa del alemán por Luis López Ballesteros y de Torres.

Preciosa novela. De la serie «Novelistas Nuevos». Léase.

G. Grinko: *El plan quinquenal de los Soviets.* Versión española de A. Buendia Aragón.

De la serié «Documentos vivos».

Obsequio de los autores:

Francisco Contreras: *L'Esprit de l'Amerique Espagnole.*

De la serie «Les Essais Critiques» Edition de la *Nouvelle Revue Critique.* París.

Alfredo L. Palacios: *La democratización de la enseñanza.* Buenos Aires. 1930.

De las «Publicaciones de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata». Rep. Argentina.

F. González Guerrero (Ave. Michoacan Sur 107. Mixcoac, D. F. México):

Ad Altare Dei. 1912-1922. Edit. Cultura. México. 1930.

Nos ha tocado el ejemplar 77.

Señalamos:

Ediciones fin de mes (36, Boulevard Henri IV. París) Una de las elegantes ediciones:

Juan de Nueva York o El anticristo. Por Ricardo Pérez Alfonseca.

Tres libros de los Estados Unidos:

De la *World Peace Foundation* (40 Mt. Vernon St., Boston, Massachusetts) hemos recibido los siguientes libros:

Investments of United States Capital in Latin America (Inversiones de capital de los Estados Unidos en la América Latina) por Max Winkler. 1929.

Handbook of the League of Nations since 1920 (Manual de la Liga de Naciones desde 1920) por Denys P. Myers. 1930.

Latin American Relations with the League of Nations (Las relaciones latinoamericanas con la Liga de Naciones) por Warren H. Kelchner. 1930.

La *World Peace Foundation* fue fundada en 1910 por el filántropo norteamericano Edwin Ginn. Se basa en la idea de que la presentación imparcial y completa de los hechos referentes a las relaciones internacionales y a la cooperación oficial internacional, constituye el mejor argumento a favor de una paz duradera y de un mejor entendimiento entre las naciones. Sus actividades, por consiguiente, se concentran en la labor de hacer públicos esos hechos de manera clara y en forma no torcida por prejuicios de ninguna especie. Integran la directiva de esa notable institución hombres de la más alta categoría intelectual de los Estados Unidos, como Frank Aydelotte, Presidente del liberal Dartmouth College, y como Harry A. Garfield, Presidente de Williams College, cuyo Instituto de Relaciones Internacionales es universalmente famoso;

Raymond Thomas Rich tiene a su cargo la dirección de la institución.

Para el primero de los volúmenes que mencionamos arriba escribió el Dr. Leo S. Rowe, Director General de la Unión Panamericana, la siguiente presentación:

«La ilustrada e informativa exposición de las inversiones de capital de los Estados Unidos en la América Latina, que ha hecho el Dr. Winkler, es la primera exposición de un tema de tan extensa importancia para nuestras relaciones con las Repúblicas del Sur. Hasta el observador casual comprenderá de un golpe el gran significado que tienen las crecientes inversiones de capital de los Estados Unidos en la América Latina. Este desarrollo entraña problemas internacionales de verdadera magnitud tanto en el presente como en el futuro».

»Hemos avanzado del período de aventura al de inversiones permanentes, en nuestras relaciones con las naciones de la América Latina, y este cambio ha traído consigo resultados importantes tanto en el carácter de las inversiones como en el personal que representa a las empresas con personería jurídica de los Estados Unidos. Durante los últimos veinticinco años las corporaciones que han venido funcionando en la América Latina han llegado a darse cuenta, como nunca antes, de que la buena voluntad nacional es un factor importante para el éxito de sus negocios. El nuevo espíritu que anima a las grandes empresas de los Estados Unidos en la América Latina, se demuestra en las mejores habitaciones y en los mejores sueldos de que gozan los empleados y trabajadores de estas corporaciones. Además, dan a sus empleados mejores facilidades de educación y de recreo, y están formulando una norma que las hace huéspedes gratos en los países donde están establecidos.

»Este haber de buena voluntad nacional, que está desarrollándose conforme a sistema, contribuirá mucho, no cabe duda, a la solución de algunos de los problemas que indudablemente se presentarán por razon del hecho de ser extranjeras la mayor parte de las grandes empresas de servicios públicos de la América Latina, y por la tendencia cada vez más marcada de ser estas empresas organizadas y financiadas en los Estados Unidos».

»El admirable estudio que el Dr. Winkler presenta servirá para ilustrar la opinión pública de este país (los Estados Unidos) con relación a la importancia de significación que las corporaciones de este país han asumido en las grandes empresas de la América Latina».

En arriba de 300 páginas de severo estilo apretado, el Dr. Winkler ha logrado reunir una infinidad de datos y arreglarlos de manera que resulten en una exposición clara de información económica sobre la que las discusiones de la política interamericana pueden basarse en firme, apartándose de las generalidades y de las conjeturas. Así, por lo menos, lo espera la institución que ha publicado este volumen. Por esta razón su lectura y estudio son de importancia obvia. Conviene someterlo a prueba de exactitud y de amplitud, sin apasionamientos; si contiene errores hay que señalarlos; si omisiones, hay que exponerlas; todo dentro del espíritu que anima al Dr. Winkler y a sus editores. Estamos de acuerdo con la tesis del Dr. Rowe: es de gran significación la dominante importancia que tienen las inversiones de capital de los Estados Unidos en la América Latina. Para que el estudio del Dr. Winkler surta sus mejores efectos, es conveniente que en la América Latina se conozca su obra. Aconsejamos a la *World Peace Foundation* esforzarze porque haya una edición en castellano de este libro que lo ponga al alcance de los estudiantes latinoamericanos de estos países.

No son de menor importancia los otros dos volúmenes. El Dr. Kelchner presenta un estudio de lo que los países latinoamericanos han contribuído a la Liga de Naciones y de lo que de la Liga han logrado, y sostiene la tesis de que convendría una *liaison* efectiva entre la Liga y la Unión Panamericana. Conviene estudiar este volumen con cuidado, y asimismo al mismo tiempo el de Mr. Myers, cuyos anuales de la Liga de Naciones son de gran utilidad par quienes quieran seguir el desarrollo de la complicada organización de Ginebra.

Vic. Mariner.

Obra de suma importancia.—Así consideramos el volumen *The Church and War* del gran teólogo católico Fray Franziskus Stratman, de la Orden de Predicadores, cuyo envío agradecemos a don Carlos Thomson, secretario en la América Latina de la Liga de Reconciliación. La versión inglesa de este libro, publicado primeramente en alemán (es alemán Stratman), trae el *obstat* de Thomas McLaughlin, S. T. D., *Censor Deputatus*, y el *imprimatur* de Edm. Can. Surmont, Vicario General de la diócesis de Westminster. En Nueva York lo publican: J. P. Kenedy and Sons (44 Barclay St.)

Su importancia estriba en que es el primer examen completo hecho por un teólogo católico del problema de la guerra. El autor cuidadosamente desentraña la enseñanza tradicional católica respecto de ese problema,—especialmente la de San Agustín y la de Santo Tomás,— de las doctrinas a juicio suyo demasiado infirmes de ciertos teólogos posteriores; y llega a una conclusión nobilísima que, aunque católico, no rehuye de aplicar a las Cruzadas, así como su nacionalidad alemana no le impida juzgar sin prejuicio patriótico la Gran Guerra.

A *Repertorio Americano* ha prometido el traductor de este libro las primicias de su versión.

Un mágico prodigioso

El Premio Nóbel a Menéndez Pidal

= De *El Sol*. Madrid =

C'est que D. Ramón est un magicien merveilleux.—**E. Martinenche**

Tiene razón el eminente profesor de la Sorbona. Recordando el título del drama calderoniano, podemos decir que nuestro don Ramón Menéndez Pidal, para quien ahora se pide con justicia el Premio Nóbel, es un mágico prodigioso.

Nos parece verle encerrado en su cuarto de trabajo de la carretera del Zarzal. Si una muralla de libros le aisla allí del mundanal ruido, las anchas ventanas abiertas al campo le revelan en cambio la soledad sonora del infinito universo.

Allí este moderno mágico pasa la jornada inclinado sobre la mesa llena de papeles. Manuscritos, volúmenes impresos, notas y fichas son todos sus filtros y talismanes. Medita después la noble frente apoyada en la palma de la mano o dejando correr los dedos por la barba negra con hilos de plata... Si alguna vez sus ojos se rinden a la fatiga, una voz familiar, femenina, sigue leyéndole libros viejos y libros nuevos.

De este modo, lentamente, sin otros sortilegios, sólo con el conjuro interior, ese mágico prodigioso realiza el milagro. Pone ante nuestros ojos admirados lo que M. E. Martinenche ha llamado el milagro español. «La vieja tierra de Castilla se despierta a su voz—dice el profesor francés—y le revela los más hermosos secretos dormidos en su seno.»

Pero observemos por nuestra parte un contraste halagüeño. Aquí el portento es cabalmente el contrario del que Calderón inmortaliza en *El Mágico Prodigioso*. En el drama clásico, Cipriano, al ir a abrazar a Justina, la mujer amada, se encuentra con un esqueleto. Ahora, en cambio, por la sabia magia de Menéndez Pidal, los huesos dispersos, los restos yacentes en el sepulcro de la Historia, se reúnen, se organizan, recobran carne y sangre, calor y movimiento, y ante nuestros ojos resucita toda una España, una España heroica y poética.

La labor ingente de Menéndez Pidal no es sólo de erudita reconstrucción. Es además obra de belleza, espléndida creación literaria. Don Ramón, sobre ser sin disputa el primero de nuestros investigadores, el maestro indiscutible de toda la moderna escuela de filología española, es también el artista admirable que evoca escenas, pinta paisajes y ambientes, hace surgir figuras, caracteres, personalidades, y saca del polvo de los siglos la visión dramática de la realidad y la emoción palpitante de la vida.

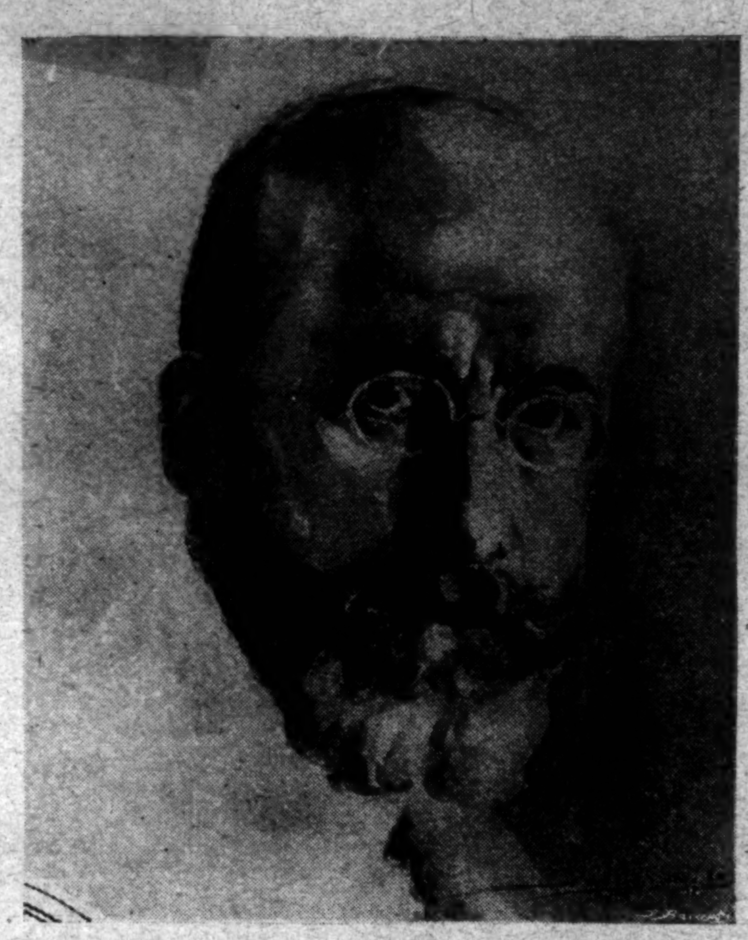
Los meros eruditos hacen obra de análisis. Pidal, ya en el análisis mismo, halla color y gracia. Tiene páginas, prolijamente documentadas, en las que los mismos pormenores nos cautivan como deliciosas miniaturas. Pero en seguida se eleva el autor, como artista de la Historia, a síntesis generales de interés estético y filosófico. Los fríos eruditos realizan una disección del cadáver del pasado. Menéndez Pidal llega con su docto escalpelo hasta el corazón mismo para descubrir y reanimar en él los latidos vitales de una resurrección.

Así, en su libro sobre *La leyenda de los infantes de Lara* explora crónicas y romances hasta reconstituir en lo posible la antigua epopeya castellana. Así, en el volumen titulado *Poesía juglaresca y juglares*, el detenido y concienzudo estudio sobre esos cantores públicos, antecesores de los poetas modernos y quizá también—¿por qué no?—, como encargados de propagar noticias y formar opinión, precursores de los modernos periodistas, le sirve para trazar un animado cuadro de la época. Si trata de *El rey Rodrigo en la literatura*, vemos cómo una figura poética va evolucionando a lo largo de los siglos. Con sus famosas investigaciones sobre el *Cid Campeador* da Menéndez Pidal una vida nueva a la personalidad legendaria del héroe nacional. Y ya en su último libro, *La España del Cid*, no sólo nos revela plenamente aquella España medieval, sino que nos aclara mucho de la España perenne, la de ayer y la de hoy, y algo nos dice también de la España de mañana.

Con Menéndez Pidal hemos revivido toda la Edad Media española. Más aún: leyendo, por ejemplo *La epopeya castellana*, asistimos conmovidos a la formación de los poemas heroicos; los vemos deshacerse y perdurar fragmentariamente en el Romancero; resurgir el Romancero en los dramas de Lope y Calderón; renovarse éstos con la inspiración romántica del duque de Rivas y de Zorrilla, y reaparecer todavía hoy los mismos temas seculares, los eternos temas de la tradición nacional, en las poesías de Eduardo Marquina y de Manuel Machado.

He ahí el milagro español a que M. Martinenche alude. Se ha hablado del milagro griego, comprobando la maravillosa persis-

(*Pasa a la página 179*)



Menéndez Pidal — Por *Solís Avila*

El señor Menéndez Pidal y el Premio Nóbel

= De *La Voz*. Madrid =

La resonancia extraordinariamente favorable que ha encontrado en todas las esferas de la vida intelectual española la candidatura lanzada por iniciativa del señor Ballesteros Beretta para el premio Nóbel en favor de D. Ramón Menéndez Pidal, sobre patentizar el acierto de la propuesta, armoniza perfectamente con la significación nacional de esta figura, de veras ejemplar y españolísima: dechado de españoles por lo mismo que muy pocos tienen, como Menéndez Pidal, tan clara conciencia de serlo.

La lengua es el exponente de valor más estable, cuantioso y profundo entre cuantos permiten apreciar la significación y precio de toda una cultura; esto es, de todo un pueblo. Es el legado remoto jamás consumido, que, por el contrario, se enriquece y renueva al pasar de generación en generación. Patrimonio común de prescripción imposible, halla en la literatura—culta o popular—sus más bellos paramentos. Pues bien: nadie como D. Ramón Menéndez Pidal conoce los secretos y calidades de esa lengua y esa literatura que sitúan a España en el primer plano de las grandes culturas modernas. Es la conciencia viva de un alma histórica incorporada simultáneamente en un gran sabio y un gran ciudadano.

Las gentes suelen tener de los eruditos una idea bastante adversa. Parten del supuesto de que cualquier fruto de la investigación científica debe estar, por ameno y sencillo, al alcance de todas las manos. Ni esto es siempre posible ni la ciencia tiene por qué alternar entre lecturas de simple solaz y despreocupado pasatiempo.

(Pasa a la página 178)

1.—Trópico, de Florit.—Hace ya dos meses que *1930*, hoy órgano único de las izquierdas cubanas, así en lo ideológico como en lo literario, editó uno de sus más preciados libros: *Trópico*, el decimario de tierra y mar criollos de Eugenio Florit.

Esa aparición ha pasado poco menos que inadvertida. Los ruidos políticos ahogaron también la voz del poeta: pareció demasiado inocente su décima para el ánimo iluso, que andaba entonces codiciando el epinicio. Pero ya perdió mucha de su tensión esa cuerda, y el blando rumor del desencanto permite ahora dejar oír aquellos versos recién nacidos, hechos para sobrevivir a todas las circunstancias.

Dos méritos de prioridad hay que reconocerle sin vacilación a este lindo decimario de Florit: uno, que es el primer libro cubano de versos concebido y realizado dentro de los nuevos módulos líricos, sin arrastres o contagios de las escuelas inmediatamente anteriores; y el otro, que es también, en volumen, el primer intento de estilización poética noble de nuestro paisaje. Acaso estas dos prioridades sean en realidad aspecto esencial y secundario, de una sola verdadera primacía en el tiempo. Florit nos ha dado nuestro primer libro auténtico y maduro de poética nueva.

Claro que esto de «nueva» ha de tomarse con todas las modificaciones del caso. La filiación de Florit al neogongorismo que hoy domina buena parte de la lírica joven de España, es algo notorio entre los que han venido siguiendo la delicada y parsimoniosa decantación de su obra. Pero Góngora no fué más que el antecedente necesario. Su resurreción en España, a manos de los nuevos poetas, me ha parecido responder a eso que el español, hasta cuando más osado y radical en su espíritu innovador, tiene siempre de tradicional. Hay algo en la atmósfera espiritual de España que desgana de todos los sesgos abruptos. Picasso tuvo que irse a París para hacer su gran «fechoría». El *homo ibericus* es, eminentemente, hombre de raíces, incapaz por sí solo—es decir, sin la inducción de un clima soliviantador—para dispararse hacia la pura invención. La nueva poesía española, necesitada de renovar su lenguaje y de asegurarle a la visión y a la expresión poéticas una licencia total (Rubén Darío no había hecho más que importar las libertades francesas), prefirió escoger el intacto legado de insurgencia que le había dejado el poeta de las *Soledades*.

Cierta natural circunspección y parsimonia que hay en el temperamento de nuestro Florit le invitaron, a su vez, a adoptar el modo neogongorino como vía de tránsito entre su balbuceo romántico inicial y una independencia y eclecticismo eventuales, que ya van apuntando robustamente en sus últimos poemas. Es él demasiado poeta auténtico para aventurarse en esos virajes violentos con que otros tratan de darnos el timo «vanguardista», sin recelar que ya la brusquedad del cambio nos lo hace sospechoso.

Pero si Florit se aprovecha de las resucitadas licencias del abuelo cordobés, no es para abandonarse por sus viejos cauces, ni para obsequiarnos con rancios «pastiches» criollos del *Polifemo* o de las *Soledades*. Algo de esto ha pasado en Madrid y Andalucía. Florit exhibe, dentro de la tradición adoptada, una altiva independencia americana. Atiende a los motivos poéticos de su tierra y encierra su canción en la a un tiempo breve y demorada rotundidad—¿rectangularidad?—de la décima criolla.

Pudo Góngora decir de sus *Soledades* que era en ellas «extraño todo—el designio, la fábrica y el modo». En el librito de Florit, todo, por el contrario nos parece natural (signo de su autenticidad. El «vanguardismo» no llegará a ser expresión válida y genuina mientras resulte chocante). Su «designio» es el elogio de nuestro campo y de nuestro mar. Su «fábrica» no es sino un sencillo panorama. El «modo» es la décima estilizada.

En próximo artículo veremos cómo, con estos elementos, Florit ha compuesto una versión intelectual delicadísima de la tierra nuestra; vale decir de aquellos aspectos y momentos suyos en que lo fugaz se asocia a lo perenne.

2.—Palabras e imágenes.—Hablamos del libro de versos de Eugenio Florit—*Trópico*—y decíamos, que utilizando como medio expresivo la décima tan cara a nuestra tradición guajira había compuesto una versión sumamente delicada de nuestro paisaje y de nuestro mar.

Si fuéramos a creer en la palabra del poeta—cosa siempre un poco arriesgada cuando el poeta se refiere a su propia obra—, tendríamos que inferir que de los dos propósitos de este libro, el de ennoblecer la décima y el de estilizar la versión del paisaje, el primero—a pesar de ser el de mera técnica—fué el que presidió el ánimo del poeta.

Él mismo, en efecto, nos lo advierte en su *Inicial*. Copiemos su cuarteta, para dar así, de paso, al lector *in absentia* una idea del tono aristocrático, elaborado y algo absconso de estos versos:

Pues de la tierra, canto, agradecido
te revelas en clásica envoltura,
detén el ala por mirar el nido
y luego bebe un manantial de altura.

Como hago periodismo, y no crítica rigurosa, se me perdonará la precaución de «traducir» esos

Glosas

=De *El País*. La Habana=



Eugenio Florit

Dibujo de *J. Mañach*.

Apreciaciones

Río, 15 nov. 1930.

Sr. Don Eugenio Florit,
Revista *1930*,
Ap. 2228. La Habana. Cuba.

Gracias por su *Trópico*. Admirable y encantador poema en décimas. Estoy entusiasmado con esta música en que al fin! se funden tan bien los elementos clásicos y tradicionales con el tono más popular de nuestras tonadas nativas. Lo felicito cordialísimamente, poeta Florit.

f) *Alfonso Reyes*

———

JOSÉ MA. CHACÓN Y CALVO.
Secretario de la Embajada de Cuba.

Madrid, oct. 15-1930.

Querido Eugenio Florit:

Al llegar del campo y del mar, encuentro su finísimo libro sobre nuestro campo y nuestro mar. *Trópico* es una hora feliz de la lírica cubana. Yo no he podido leerlo sin una emoción ahogada. Alguien dirá—como se ha dicho por no sé quien de las de Guillén—que sus décimas son intelectualistas. Yo he sentido en ellas vibrar cosas muy hondas y sutiles. Me he acercado de nuevo a mi campo—. Y he llegado otra vez al mar. Y los he sentido, en sus versos, con un amor pleno y sosegado.

Trópico no es un libro tropicalista. Una gran suerte. Es un libro de hoy, y muy cubano. Y es sobre todo un libro bello, lleno de ponderación y equilibrio. También de insinuaciones.

Le felicito muy cordialmente. Le recuerdo siempre. Le abraza su devotísimo,

f) *José Ma. Chacón y Calvo*

═══

Dos caminos—luz, agua—se entrecruzan en la entraña del trópico, produciendo esa alucinación de los ojos y de los sentidos, que paraliza muchas veces la penetración. Se gira alrededor del trópico, como alrededor de un vórtice de desenfrenos, de centelleos dionisíacos. Se huye del trópico o se le gusta sólo en superficies, dominados por la creencia de que en el fondo, sol y agua, de acuerdo, procrean faunas fantásticas. Del tropicalismo se habló como de modalidad feble, quejumbrosa y endémica en literatura. Lo raquítico de todos lados, si era del trópico, se bautizó por tropicalismo. Queremos desmentir la especie: el trópico es fuerza, aunque pueda aparecer adormecida: el trópico es claridad, que puede ser también penetración. El trópico dijo su palabra una vez, por boca inmortal, y en América ninguna palabra ha sido

(*Pasa a la página 175*).

versos a villana prosa. El poeta invoca su propio canto; le reconoce personalidad, derecho propio; se siente obligado a él. Puesto que tú, canto mío, por agradecimiento que no tengo que explicar, te sientes clásico, debo exhortarte a que te pongas freno, ya que todo clasicismo es una limitación. Te invito, pues, a que sofrenes el ímpetu que naturalmente te lleva a más osadas y riesgosas empresas, fijándote ahora en la tierra nuestra, en el ámbito rural donde tu forma impera. Luego podrás evadirte otra vez, como quería Federico. Beber «un manantial de altura» adonde ya la gente decididamente no podrá seguirte.

¿No es éste todo un explícito programa? Clacisismo. Regionalismo. Naturalismo. De antemano, el poeta nos da las notas de su clave. Y ya lo único que nos queda por decir a los comentaristas del tipo periodístico es que este clasicismo, este naturalismo, este regionalismo no son cualidades simples, simplemente entendidas, pues de serlo estaríamos aún en la zona del Cucalambé; sino que son decantaciones muy finas, y en eso está la gracia. La gracia nueva de Florit.

El elemento clásico reside, como ya vimos, en lo formal gongórico. Florit toma la décima—tan cubaneada, tan arrusticada, tan cargada de anécdota—y le devuelve su prestigio antiguo, nutriéndola de sutiles contenidos emotivos y visuales, quitándole toda la tierra adherida, poniéndola a quebrarse en luces al sol, como un cristal de cuarzo. El sonsonete «rectangular» parece que cobra juegos rítmicos interiores, inusitados, merced a los disloques de fraseo—ese famoso uso y abuso gongorino que las preceptivas llaman «metátesis». Y el lenguaje ya no es el «pan, pan; vino, vino» de la décima natural del país, sino habla difícil, de «fuero poético», como quería Góngora, en que más que las palabras (como en el modernismo barroco de ayer) lo arduo es el sentido de su relación en la frase. La décima, espina o dardo directo en boca del guajiro, ahora se ha trocado en «espiral saeta».

> Voz de pueblo cantor, por claros mares
> giros emprende su espiral saeta.

La trasmutación no es sólo, sin embargo, cuestión de palabras, sino de ideas. Esta es poesía intelectual porque lo es de imágenes. De imágenes que no han sido sacadas de ninguna gaveta, sino expresamente pensada cada una, gracias a que la sensibilidad intelectual del poeta ha sabido encontrar la recóndita identidad de sentido entre hechos aparentemente negados a toda posible relación.

Ya ese lenguaje alquitarado, ya esa virginidad de imagen, dan testimonio suficiente de la calidad poética del libro. Se engañaría quien lo reputase «mera técnica» o cosa de fácil ingenio, al alcance de cualquier versificador avispado. El sentido poético de la palabra, el dón de la imagen, «son ya el poeta», sin necesidad de eso que llamamos «voz interior», «mensaje», etc. A mí no me extrañaría, pues, que, en efecto, el propósito capital de Florit al hacer este libro no fuese realmente dar su versión de la tierra, sino mostrar su aptitud para estilizar esa versión en formas nobles y complejas, inusitadas entre nosotros. No es mero ingenio literario, ni simple virtuosismo, poder aludir, por ejemplo, al fondo del mar pidiendo

> desprecio para la onda
> y atención para la intensa
> vida que en tu seno piensa
> mundos de niñez tranquila.—

Además de un lenguaje egregio, de una imagen bella y nueva (o, por lo menos, no valetudinaria), hay en esos versos un sentido de noble valoración en el que no es difícil percibir la nota trascendental, el acento de eternidad que es la marca genuina del poeta.

Pero ya veremos con más tiempo la estilización de cosas, amén de palabras y de imágenes, que añade a la delicadeza inusitada de este decimario de Florit.

3.—*Trópico y fuga.*—Los que censuran a la poesía moderna su «dificultad», suelen ser gente instalada en una tradición de lectura perezosa. En rigor, no acontece tanto que esa poesía sea inaccesible, como que tales censores se resisten al esfuerzo necesario para alcanzar su sentido. No leen con la suficiente parsimonia y codicia mental, ni, por lo común, con el ánimo generoso, sino erizado de intenciones polémicas, ante las cuales, se fugan y ocultan las purezas inocentes del verso nuevo.

Del nuevo y del viejo. Esa gente perezosa es del linaje de aquel que dijo en su lecho de muerte que el Dante le reventaba. Es la misma gente que enterró al Góngora magnífico de las *Soledades* y le concedió el beneplácito a las letrillas. Es, en español, la gente que en inglés nunca hubiera entendido a Keats, ni a Shelley, ni a Blake—poetas genuinos, poetas difíciles.

Porque todo esto no niega que la poesía nueva sea en verdad ardua. Ciertamente que lo es, como que en ella se ultima, o por lo menos se adelanta mucho, el proceso mediante el cual la poesía ha ido poco a poco realizando su específica incumbencia, que es la de decir las cosas que no se pueden decir en prosa. Esto parece que, con haber sido ya muy dicho, aún no se ha repetido lo bastante. Para expresar todo lo lógico y factual, es decir, lo que está en el primer plano de la conciencia, se ha hecho la prosa. Para expresar lo demás, lo alógico, lo semiconsciente, lo subconsciente, lo recóndito, en una palabra, lo «inefable», para eso está la poesía. La poesía es un intento de «efabilización» de lo inefable.

Florit—por ejemplo presente—se sitúa ante nuestro paisaje. De él le llegan al ánimo revelaciones sutiles de color, de olor, de sonido, de forma, que no son privilegiada experiencia suya, sino que entran, frente al paisaje, en la experiencia de todo hombre sensible. Un cazador impenitente me explicaba una vez que el mayor aliciente de la caza no era tanto la cinegesia en sí como los encantos de la salida al campo. Lo decía torpemente, en prosa de cazador. El poeta dice lo mismo delicadamente, en verso apto para traducir esa delicada fruición de lo bucólico.

> Voz de escondido sinsonte
> y de caudales presuntos
> aprisionan en dos puntos
> un silencio de mañana.

Quien no haya «sentido» alguna vez este episodio del silencio aprisionado, sencillamente es que no tiene la sensibilidad organizada para tales percepciones. Pero es un hecho—un hecho poético que sólo puede expresar, si se puede, en versos como esos de Florit.

Percibidas estas cosas «inefables», el problema del poeta es trasmitir la experiencia de ellas. No me avengo a creer en la posibilidad de una poesía puramente expresiva, esto es, desentendida del lector o del oyente. Arte es experiencia comunicada. Para poder comunicar la suya, la más delicada y fugaz, el poeta tiene que condensar su tenuidad, agregarles cuerpo y volumen. O bien tiene que proceder por comparación, dando a entender lo impalpable por medio de lo concreto. De ahí la exageración, el animismo, la imagen, recursos expresivos en que Florit acusa un señorío sorprendente.

Poniéndolos en juego, ha logrado darnos esa versión hialina, depurada, etérea casi de nuestro paisaje, sin enajenarle su peculiaridad. Las alusiones a lo criollo específico están tan bien administradas, que impiden que el sabor de la tierra se volatilice en el proceso de depuración expresiva.

> Multiplícase el desvío
> del fuego solar y baña
> verdes los campos de caña
> y telas de cafetal.
> Luego vuelve a su cristal
> y en los güines se enmaraña.

¿Quién no siente la cubanidad esencial de este paisaje de palabras? Históricamente, el mérito capital del decimario de Florit me parece que reside en esa feliz captación de esencias cubanas. Es la primera reducción del trópico nuestro al límite de la «inefabilidad».

En las décimas de *Mar*, que componen la segunda parte del libro, Florit se ve menos constreñido por la necesidad de conservar el carácter, la fisonomía, y por consiguiente su abstracción es todavía más enérgica. Pero esta misma universalidad reduce el mérito del empeño. Aquí la tarea del poeta se queda reducida a expresar en imágenes de suma gracia la experiencia del mar.

> la vida tangente—a la encantadora pupila,

y la mágica repercusión de esa vida en el espíritu. Sin raíces ya que lo tasen el vuelo, la décima se va remontando a su «manantial de altura», evadiéndose hasta alcanzar la zona misma de lo inefable puro. El sentido, de tan delgado, se pierde ya. Pero aún entonces queda el cauce estremecido de su fuga—una vibración misteriosa en la inteligencia y un dulce rumor de palabras bellas sin albedrío.

Jorge Mañach

Apreciaciones...

(Viene de la página 173.)

más pura, más incisiva, más alta. Si tenemos ese ejemplo, y estamos proponiéndonos seguirlo, podemos alcanzar muchas cosas. Por eso esta hora nuestra tiene algo de ejemplar, en el empeño con que quiere sobrepasar el dictado de tropicalismo, para ser una clara realidad.

¿Pero debemos desdeñar el trópico o penetrar en su esencia y apoderarnos de sus fuerzas inéditas? El trópico de lejos se ve como un gran páramo de luz de donde no sale nada vital, o acaso una pululación de gérmenes raquíticos. Nosotros no podemos contentarnos con ese espejismo: nosotros tenemos el deber de buscar el ritmo oculto de nuestro trópico, sus reservas, su carga auténtica y ponerla en circulación.

Eso hace este pequeño libro de Eugenio Florit, y por eso mismo, ya merece el primer aplauso.

Dos mitades se reparten el libro: campo, mar. Y se lo reparten del modo más llano en nuestro trópico,—con la décima que ha sido como la espontánea floración del estro popular.

En *Campo* los elementos más típicos se aprestan a dar su mejor sabor, aunque estilizado. Estas son nuestras décimas, sólo que no como las improvisaría el guajiro con su clásico tiple; está el sinsonte, la sabana, el potrero, el monte, el camino carretero. No se puede negar todo el sabor criollo que tienen estas décimas de Florit, que apuntan sin embargo a una realidad más alta que la misma descripción.

En *Mar*, ya es distinto. No fué nunca al mar la inspiración de nuestros poetas. El campesino pocas veces ha podido ver el mar; el mar está fuera de sus ideas, no entra en sus cuentas, ni en sus cantos. Y sin embargo, estas son las mejores décimas de Florit, las más logradas en sí mismas. A las otras les prestan su tono los elementos consabidos, y cualquiera puede sentirse adormecido por esa música ancestral. Aquí en estas décimas del mar, es distinto: hay que reconcentrar la atención, hay que adivinar, hay que sorprender. Es otra clase de empeño. El primero es el empeño a flor de piel, para todos los gustos; éste ya obliga, ya exige. Busca sus elementos en profundidad. Y esto es lo que hay que hacer. Cuando se logra con gran sentido poético, como le sucede a Florit, ya estamos superando al trópico.—el falso concepto del trópico. Hasta el título de este pequeño libro es punto de partida.

Félix Lizaro.

(*1930.* La Habana).

Trópico.— Hace ya algún tiempo que guardaban mis gavetas las notas que me sugiriera el libro de décimas de Florit. En espera de tiempos mejores para coordinarlas y darles publicidad, se fué formando sobre ellas ese sedimento de cuartillas que es el cajón de todo periodista. Triste proceso acumulativo, semejante al geológico en que, como éste, suele advenir rico en fósiles. Hoy, al decidirme por fin a comentar *Trópico*, me ha sido difícil encontrar aquellas notas entre la turbamulta de papeles.

Pero ¿es que acaso han mejorado los tiempos? ¿Resultan ya hoy más propicios al juego desinteresado de la estética? No, desde luego. Mas ¿hasta qué punto es lícito consumirse en la espera? ¿Qué derecho tenemos a renunciar a las fiestas del espíritu porque oficialmente se injurie al espíritu? ¿No sería ello renunciar a una de sus manifestaciones más puras y enérgicas? Por otra parte la estética no está tan desviada como parece de las actividades centrales de un pueblo. Ya nadie cree que la estética sea cosa de despreocupados o exquisitos. Las grandes revoluciones literarias y artísticas. En el caso nuestro no creo que sería arbitrario buscarle el lado estético al problema. Muchas veces pienso si no sería dable resumir los más de nuestros defectos bajo una sola denominación: ramplonería de espíritu. El desgano por lo bello, por lo decoroso, por lo armónico es, en no pocos casos, el origen de nuestros males. Nuestra misma política—la gran calamidad nacional—¿qué es en fin de cuentas sino una cosa fea, inestética, ramplona? La idea de la belleza hace mejores a los pueblos. La despreocupación por la belleza los encanalla. El apogeo de Grecia coincidió con el fervor estético de la época de Pericles. La decadencia de Roma se inició cuando el pueblo comenzó a alejarse de la cultura matriz para entregarse a deleites exclusivamente sensuales.

Es indudable, sin embargo, que suele faltar en momentos como el que ahora vivimos ese sosiego de espíritu que algunos consideran indispensable para la faena artística. Mas no hay que olvidar, por otra parte, que el arte no es necesariamente producto de épocas o ambientes arcádicos. Más bien nos enseña la historia que la vida muelle es poco fecunda en obras artísticas de envergadura. La indignación, en cambio, ¡qué encinta de prodigios artísticos suele presentarse!

Trópico de Florit no es, desde luego, el producto de ninguna indignación, si acaso la resultante de numerosas inconformidades. Que fueron en un principio inconformidades consigo mismo, polémico soliloquio del poeta que busca la forma suya, de vuelta de los moldes aprendidos. Porque *Trópico* no es el primer libro de Florit, aunque sí sea el primer libro del poeta Florit. Ya el hombre había hecho antes «su modernismo». ¡Gran aprendizaje! Lo que de tectónico hay siempre en su verso fué aprendido en esa magnífica escuela de virtuosismo poético. Y aún fué poco: el poeta tomó un curso de ampliación en la remozada academia de don Luis de Góngora y Argote. De ahí esa tendencia estructural, esa condición de organismo apretado de su verso, que nos hace pensar en una suerte de parnasianismo de nuevo cuño. Pero estas son cosas de retórica: vengamos al tropicalismo que enuncian el título del decimario.

No estamos en clásico «trópico convulsivo» de los memoriales hispanoamericanos. Tampoco aparece por ninguna parte toda esa escenografía tropical que suelen guardar entre bastidores, para «uso indicado» los exotistas» europeos—los franceses principalmente. Florit nos sugiere más bien un paisaje contento de sí mismo, en el que cada cosa aspira a un orden amoroso y en el que, para no romper el éxtasis, la «devoción dominical» de tierra y cielo, «la brisa anda a tientas rodando por las montañas». Nada de la exhuberancia consabida. Nada de violencia en los contrastes. Si acaso una sola fuerza detonante: «el sol que abusa en su cumbre». El mismo mar que nos pinta el poeta en la segunda parte de su libro es un mar sin malicia, que sueña en su seno «mundos de niñez tranquila», no el sombrío «caldo de tiburones» de que nos hablara Alfonso Reyes.

En esta naturaleza espejeante, que juega inocentemente con sus propios reflejos, en esta temperatura *sui generis* del trópico que Florit nos presenta, reside, a mi manera de ver, el interés de este libro y, desde luego, su semilla de polémica para la crítica.

Hasta qué punto es nuestro trópico éste de Florit trataremos de verlo en un próximo artículo.

Trópico: geografía y cultura.— Trópico no es sólo una noción geográfica; es también un concepto cultural. Geográficamente el hecho no tiene implicaciones polémicas. El trópico presenta características climatológicas de escasa variabilidad y perfectamente comprobables. Se trata, pues, de una noción bastante exacta, respecto de la cual caben pocas salvedades.

Pero tan pronto nos trasladamos de la geografía a la historia de la cultura, comenzamos a movernos en terreno resbaladizo. ¿El concepto cultural del trópico es tan fidedigno como el geográfico? En uno y otro caso ¿ofrece iguales seguridades la generalización?

Es antigua la creencia de que el clima condiciona en cierto modo las manifestaciones del espíritu. Ya en el siglo XVII se decía en nuestro idioma, por boca de Tirso de Molina, que «el clima influye los ingenios». Nietzche ha hablado de «zonas templadas y zonas tropicales de la civilización», si bien estableciendo respecto de las geografías el distingo de que éstas se suceden en el espacio y aquéllas en el tiempo; cabe, pues, que el trópico geográfico viva períodos de clima espiritual templado. Modernamente han avanzado mucho estos estudios. En perjuicio—hay que decirlo—de los que nos afanamos en los cinturones tórridos del planeta. En el «mapa de la energía humana» diseñado por Huntington el trópico no cuenta, no forma parte del «ámbito de la civilización», cuyos núcleos más poderosos corresponden a la zona templada. Más recientemente aún, las investigaciones y deducciones del bioclimatólogo Olbricht han reforzado la anterior hipótesis. Según ellas «el territorio sobrehumedecido del trópico tiene una temperatura anual debilitadora». Por lo tanto, desde el punto de vista cultural, los signos de Cáncer y de Capricornio son nefastos.

En el orden literario, una de las características que suele señalarse al tropicalismo es la exuberancia. Para fortuna nuestra no se compadece lógicamente esta imputación con las investigaciones de la ciencia, que aluden preferentemente a la tendencia «enervante», debilitadora de nuestro clima. Pedro Henríquez Ureña ha defendido al trópico americano de aquel cargo. Entre nosotros, Félix Lizaso ha glosado y ampliado felizmente sus ideas a este respecto «No hay—dice el escritor dominicano—una literatura de la América tropical, frondosa y enfática, y otra literatura de la América templada, toda serenidad y discreción»; si hay literariamente una América buena y una América mala, ello «no depende de la división en zona templada o en zona tórrida», sino de la «diversidad de cultura». En último término, la multimentada exuberancia no es una característica ingénita del trópico, sino un estado transitorio de deficiencia cultural. Casi todas las literaturas incipientes—y la nuestra lo es, desde luego—inciden en la palabrería y en el énfasis vano. Con más razón cuando el mal es, en cierta medida heredado.

El verbalismo del siglo XIX español ejerció poderosa influencia en nuestras letras: todavía Castelar es la meta ideal de muchos escritores. ¿Puede hablarse de tropicalismo en la etiología de este morbo?

Tal vez parezcan excesivas estas consideraciones para interpoladas en el comentario del libro de décimas de Florit que inicié en día pasado. Pero no olvidemos que el libro se titula *Trópico* con todas las responsabilidades de la palabra. *Trópico* y décimas: doble invitación al prejuicio. Al pronto pensamos en nuestro *folklore*, memorizamos acaso alguna estrofa del Cucalambé o la letra deliciosamente ripiosa de un «punto cubano». Pero he aquí que abrimos el libro de Florit y nos encontramos con una veintena de décimas bien apretadas, enjutas, irreprochablemente vestidas a la usanza actual. Y sin embargo de innegable criolledad, a mi juicio. Décimas dril 100, diríamos.

Contra gula abstinencia. Contra la exuberancia, pecado capital que se imputa al trópico, Florit, como la mayoría de nuestros escritores jóvenes, en prosa o en verso, da su ejemplo de sobriedad. Refiriéndose a Enrique González Martínez, Ventura García Calderón ha hablado de su «voto de pobreza verbal», característico no sólo del poeta de *Los senderos ocultos* sino de otros líricos modernos de México. No aludo a la limitación del léxico, producto casi siempre de la ignorancia lingüística, sino a todo lo contrario; a esa economía de expresión que es la resultante de un conocimiento profundo del idioma.

En general toda la literatura nueva—y la americana particularmente—tiende a lo que Eugenio d'Ors ha llamado «torcerle el cuello a la exuberancia.» Estas décimas de Florit recogen todo el sol del trópico, pero lo filtran a través de la retícula de sus versos y así el calor cernido, depurado, lejos de propiciar tumefacciones enfermizas, purifica de anécdota y paisaje, los desnuda de toda adherencia superflua para dejarlos en una como esquemática y esencial criolledad. No puede negarse el sabor nuestro de estas estrofas, cuando se ha aprendido a gustar lo que en el trópico hay también de insinuación y matiz. No todo es lujuria y confusión en nuestro paisaje. Que hay también líneas y perfiles lo ha demostrado no ha mucho con su exposición del Caimito Gabriel García Maroto. Por otra parte el artista tiene el derecho de imponerse a sí mismo un propósito ordenador. Donde los demás apenas vislumbran, el artista ve. Donde la mayoría ve el caos, el artista palpa una forma geométrica definida. Lo importante es guardar la esencia. Las décimas de Florit, dentro de su aspiración esquemática y estructural tienen la cubanidad por dentro. Cubanidad en el tono, en los motivos, hasta en las imágenes. El poeta nos habla de las «tibias voces» del sueño tropical; delas «voladoras brisas» que le salen a nuestro mar, del sol, cuya luz, después de quebrarse en el río y bañar los cañaverales y las «telas del cafetal» «en los güines se enmaraña»; de las «nubes de color de guerra» que hunden sus «manos extrañas en las ceibas corpulentas»; de la «seda de la luna en el guano»; de tantas otras sensaciones criollas cuya relación sería pródiga. Y en todo momento la estrofa, pese a su severa distinción, conserva la cadencia guajira inconfundible.

Lo que no ha apresado este decimario de Florit es la fuerza primaria del trópico, lo que de insolente hay en su vitalidad excesiva, el hábito doloroso de las tierras calcinadas, el énfasis de las pasiones alentadas por un clima de estufa. Es una naturaleza tropical vista con anteojos protectores y recreada luego en verso cincelado y culto.

Francisco Ichaso

(*El País*. La Habana).

...¡Qué gran salto este salto lírico de Eugenio Florit! Desde *Treinta y dos poemas breves* (1927) a este *Trópico*, maduro ya plenamente que acaban de lanzar las ediciones *1930* de La Habana, ¡qué curva evolutiva hacia la plenitud! La ingenuidad balbuceaba en el libro antiguo, rozando una cursilería provinciana. «¿Versos románticos, amiga mía?—Versos sinceros y nada más», dice uno de los peores poemas. Si algo más había era muy poco, ciertamente.

El nuevo libro de Eugenio Florit ha vencido la anarquía lírica de filiación ultraíca, y ha escuchado la frase de Cocteau: *Revenons a la rime, ce vieux estimulant de bonne marque*.—El *retorno a la estrofa* de Gerardo Diego. El libro está lleno de décimas apretadas, exactas, hechas a cincel. Puede hablarse de una influencia guilleniana; pero no tardan en evadirse uno de otro. Lo que en Guillén es arquitectura de cristales, en Eugenio Florit es *tensión*. Ambas producen una sensación de dureza; de forma completada en todos sus ángulos. Pero en Guillén hay una geometría de inhumana frialdad, y en Florit las décimas son como granos frutales a punto de estallar, con la piel tirante y brilladora. Hay, además, *cubanidad*, y en esto gana perfume poético, libre ya de su vago cosmopolitismo anterior.

Y, a pesar de la forma estricta y del sabor conceptual, una clara corriente de popularismo, de cosa familiar y cercana. Hay un momento en que una acción se desliza en el poema que ha llegado a recordarme el sabor majo del *Martín Fierro*.

Libro de enlaces agudos este libro de Eugenio Florit.

Guillermo Díaz Plaja

(*La Gaceta Literaria*. Madrid).

Un periodista americano independiente

= *Envío del autor* =

Londres, febrero 15, de 1931.

Querido señor Arciniegas:

Al contestar las preguntas de usted sobre la actitud de los partidos políticos y de los intelectuales de los Estados Unidos con relación a la difícil situación actual de las naciones latinoamericanas, sólo puedo darle respuestas nada satisfactorias. Si por intelectuales entiende usted los liberales de los Estados Unidos, los que en alguna forma se interesan por Sur America están ansiosos de ayudarla por todos los medios posibles. Ellos han dado repetidos pruebas de su amistad hacia todas las repúblicas situadas del río Grande para abajo. En cuanto a los partidos políticos se refiere, como tales, no se interesan en lo más mínimo por la situación de Sur América. Usted sabe que nuestros partidos se reunen en asambleas generales para formular una plataforma y nombrar un Presidente cada cuatro años, En los intervalos de estas reuniones no formulan conclusiones como partidos, excepto en los casos en que el Presidente habla en su nombre. Ausente desde principios de setiembre de los Estados Unidos, desgraciadamente no he visto nada que indique que ninguno de los partidos se interese particularmente en la situación de ustedes.

Desde luego, los Estados Unidos podrían ayudar enormemente a mejorar las condiciones de Sur América, si desecharan las tarifas. Además, el actual gobierno podría hacer conocer su disposición favorable dando la mayor ayuda financiera posible a muchos de los países de ustedes. Hoy el banquero, sin embargo, está temeroso por razón de las revoluciones ocurridas en los últimos tiempos, y por la negativa de México a seguir realmente adelante en el camino de reembolsar los intereses perdidos y el capital invertido por extranjeros en seguridades del Gobierno y en Ferrocarriles. Los Estados Unidos podrían, si lo quisieran, convocar una conferencia de todas las repúblicas de Centro y Sur América para discutir la situación general y acordar un plan de medidas para remediarla. Pero no hay que decir, sin embargo, con cuántas reservas mirarían muchos latino-americanos una actitud semejante de parte del «Coloso del Norte». Mucho más ventajoso sería que las naciones del A. B. C. tomaran la iniciativa. Tal acción conjunta alentaría grandemente a los inversionistas y a los prestamistas americanos, quienes se sentirían más animados si pensarán en que había en Sur América una solidaridad de acción encaminada a la prosperidad común.

Personalmente, si yo fuese un Sur-Americano, haría todo lo que estuviera a mi alcance para librar a Latino América de los banqueros de Norte América. Ningún peligro más grande que el que confrontan ustedes con la compra de todas las compañías de luz, fuerza, teléfonos y ferrocarriles por compañías americanas del tipo de la American Foreign Power. Esta especie de imperialismo financiero, aunque inocente por sus apariencias, constituye una amenaza cada vez mas grande para la independencia financiera, económica y política de las repúblicas Latino Americanas.

Muy suyo,

OSWALD GARRISON VILLARD.

(Director de *The Nation*, Nueva York.)

Oswaldo Garrison Villard es el más caracterizado escritor independiente que se encuentra hoy a todo lo largo del periodismo en los Estados Unidos. Rebelde, tenaz, idealista, libre por tradición y por temperamento, ha hecho de *The Nation*, una revista combativa, maciza por su documentación, afirmativa por su doctrina e inflexible en el celo con que protege su independencia. Garrison Villard es el nieto de William

Lloyd Garrison, quien hace justamente un siglo se caracterizó en la política de los Estados Unidos por su lucha en favor de la libertad de los esclavos. Lloyd Garrison fué también un periodista, y fundó en enero de 1831 el *Libertador*, que fué uno de los periódicos más discutidos e influyentes de la época, a pesar de las precarias condiciones en que materialmente se editó. Sobre la transformación que el *Libertador* produjo en las ideas políticas de su tiempo hay testimonios innumerables, hasta el punto de que algún escritor decía con motivo de la celebración de su centenario: «Rara veces en la historia se ha producido un cambio semejante en los sentimientos públicos y en las instituciones políticas en tan corto espacio de tiempo. Esta no fué la obra de un solo hombre; pero ningun otro individuo, como William Lloyd Garrison, puede considerarse responsable de ella.»

Garrison, el nieto, se encuentra colocado en medio de un escenario más complicado. Influir hoy sobre las ideas dominantes en los Estados Unidos, y más cuando se tiene en mira un propósito liberal que choca a diario con intereses creados por el capitalismo, es prácticamente una utopía. Hace un siglo que un hombre audaz y decidido podía poner su barril de pólvora debajo de las instituciones seculares, prender la mecha y verlas volar luego en un fracaso definitivo. Dichosos fueron los revolucionarios de entonces! Hoy casi puede decirse que las zonas de influencia están vedadas para la mayor parte de los hombres idealistas.

Y no es que haya que considerar como un idealista simplemente al director de *The Nation*. *The Nation* corresponde a la categoría de los periódicos positivos, que obran sobre los hechos y proceden con un criterio que se deriva de los números, con un criterio que podría decirse de ingeniería. Pero el impulso hacia ciertas finalidades de justicia y de paz, se condena hoy, a nombre de los hechos, como una utopía.

Oswal Garrison Villard acaba de pasar por Londres después de una gira de estudio a través de los campos de Europa, sembrados de inquietud, asolados por el inempleo, por la depresión comercial, por las deudas. Garrison se ha detenido en Alemania, que está colocada entre las banderas de Rusia y las cajas del Banco de Francia. ¿Cuál es su idea, cuál es su campaña del momento? Una noche la expuso en la sala de conferencias del club 1917. Es necesario hacer composición del lugar. En las encrucijadas maravillosas de las callejuelas de Londres, callejuelas oscuras que apenas recogen la luz amarillenta de los bares y una miseria de alumbrado público, se agazapan las librerías, las tiendas de antigüedades, los talleres de los artistas, los clubs. Este club de 1917 abre sus puertas rojas y negras en un recodo de éstos, y por dentro se llena con el humo de los fumadores—que cargan su pipa toda la noche—, con el ruído de las discusiones y el silencio del saloncillo de lectura. El club está henchido de ideas y de humo. Y de fé. Porque en ninguna parte de Londres se siente el calor que allí se siente. En ninguna parte brillan tan felizmente las pupilas, hasta estas pupilas desteñidas por los mares del Norte. ¿Quién es el fundador del Club? H. G. Wells. Durante cuatro o seis años el presidente ha sido Ramsey Mac Donald. Por dos veces, en dos viajes diferentes, el club 1917 ha acogido a Villard como el viejo amigo que llega de América.

Una acogida tradicional? Tal vez sí. Es la misma acogida que se le dispensaba en Inglaterra al abuelo, cuando John Stuart Mill salia a recibir a Lloyd Garrison, y luego hablaba de él como de un maestro. Stuart Mill decía que de oír a Lloyd Garrison se sacaban dos lecciones: la primera «desear algo grande; desear cosas que son difíciles; y no hay una cosa grande que no sea difícil», la segunda «que si se desea algo noble y se triunfa en el propósito, se encontrará que no se ha triunfado solo». La recepción a Villard, el nieto, ahora, sesenta años después, tiene algo de este espíritu. En la sala de conferencias del club, una sala apachurrada del tercer piso, en donde cien o descientas personas se agrupan con el aire inusitado de doscientos amigos que se encuentran, se han discutido las ideas de Villard sabiéndose ya cuales son las dos lecciones que se aprenden escuchando a los Villard.

Las ideas de Villard sobre el momento actual de Europa son estas: Alemania tendrá que recurrir a la moratoria, imposibilitada como se verá para soportar la carga de las deudas impuestas a ella por los vencedores. La crisis ha venido haciéndole a la república de Hindemburg jugada tras jugada cada vez más fatal. El inempleo exige desembolsos para los cuales se han agotado los recursos. La vida en la clase media está reducida al índice de la miseria. El esfuerzo imponderable de la industria se estrella contra la parálisis de las importaciones en todos los países, contra la baja constante de los precios. Las consecuencias de todo esto se reducen a un solo temor: Rusia! ¿Le abrirá esta puerta al bolshevismo el ansia de los acreedores franceses? ¿Se dejará que el pueblo alemán llegue a la desesperación? Villard dice: No. Las grandes naciones están en el deber de anticiparse a esta revolución. Es preciso convocar, es urgente convocar una conferencia económica para que estudie las circunstancias de la crisis en Europa. Una conferencia de unos pocos, pero que sea capaz de dictar medidas de emergencia. ¿La convocarán los Estados Unidos?, se pregunta el mismo Villard, y él mismo niega la voluntad de Hoover para cosa semejante. ¿Inglaterra? ¿Francia?

Cuando Garrison terminó su exposición, se inició el debate. Dijo el ruso: Si será mejor dejar hasta que los hilos se adelgacen... Preguntó el inglés: ¿Una conferencia económica de unas cuantas naciones dominará todo el panorama, en donde la crisis misma no es sino un detalle, y es el proceso todo lo que debe valorarse y discutirse? Otro dudó: ¿Será eficaz la acción que se inicie hoy sin invitar a Rusia para que tome parte en los debates? Villard defendió su tesis colocando series de perspectivas inmediatas. Dominándolo todo dejó clavadas sus propias inquietudes en el auditorio.

Cuando Villard salía un americano del sur trabó conversación con él. El tema desvió hacia la América Latina. La América Latina que está dominada hoy por los problemas propios de las naciones en donde se producen materias primas, que sufre la baja de los precios, el peso de las deudas, el alza de las tarifas, la falta de unidad de pensamiento, la indecisión para afirmar su personalidad en el mundo. Villard repasó las preguntas y, al día siguiente escribió la carta que se lee a la cabeza de este artículo.

Germán Arciniegas

Londres, febrero de 1931.

El señor Menéndez Pidal...

(Viene de la página 172)

Pero convengamos también, después de todo, en que muchos eruditos hacen indigesto y desagradable incluso aquello que admite y aun requiere el aliño de la simpatía en la exposición y el comentario. La frecuencia con que se da el erudito que lejos de resucitar lo muerto mata lo vivo explica el desdén de muchos y la correlativa sorpresa cuando de pronto se hallan ante una airosa y atractiva construcción erudita. Como lo son — y en grado extraordinario — cualquiera de las muchas que debemos a don Ramón Menéndez Pidal — Poesía juglaresca y juglares, *por ejemplo, o* La España del Cid *— y no son estrictamente técnicas. Bien es verdad que don Ramón Menéndez Pidal no es pura y simplemente un erudito. Es un científico que planea allá donde ciencia y arte se confunden al soplo de la creación estética.*

La creación estética no es privativa del artista en sentido restringido. Lo hace ver la historia de la civilización universal en todos sus círculos, y no lo ignoraban los antiguos, puesto que reservaron un puesto entre las musas—el puesto de Urania—a la inspiración del científico. Esta musa realiza las esencias de la belleza austeramente por rigurosos procedimientos que tienden sobre todo a la precisión y a la exactitud. El estilo de un hombre de ciencia, cuando lo es y cuando lo tiene, confía sus efectos a la educación El estilo de un filósofo o un naturalista puede ser bello, como lo es, por ejemplo, una llave, en función de su objeto propio. Hay una belleza de la utilidad y un estilo científico ceñido, congruente, exacto y veraz.

Naturalmente, el estilo de la ciencia—la didáctica, si nos gusta el vocablo—tiene también sus veleidades, y hace sus concesiones a la moda, al figurín del día. Sin salirnos del linaje a que pertenece D. Ramón Menéndez Pidal—razón inmediata de estas líneas—, nos hallamos con la esclarecida ilustración de Menéndez y Pelayo. No cabe duda que su prosa, rica, exuberante, cálida, es genuinamente romántica. Conserva toda la fronda pomposa y todo el ardor entusiasta de la generación anterior. La prosa de Menéndez y Pelayo retiene modos y maneras, a nuestro juicio, de Castelar, de Michelet; de Macaulay.

Nos sirve el antecedente para definir por el contraste la prosa de Menéndez Pidal. Es muy otro el movimiento, muy otra la temperatura, muy otro el ornato. Menéndez Pidal posee el don de reanimar un momento de la cultura española, una figura representativa. Un texto sin pulso, al parecer, de los oídos tardos con la palabra justa: con el menor número de recursos posible. Así es de escueta y precisa la expresión del gran investigador y artista. Artista por ir más allá de las palabras y de los documentos, camino de la intuición adelante, hasta el corazón de las épocas. La Edad Media Española surge de sus manos de historiador, filólogo y crítico como un organismo vivo: como un Cid venciendo al tiempo y al espacio.

Porque la literatura no se reduce—con ser ya caudal precioso—a la poesía, la novela o el teatro es por lo que la Academia sueca ha discernido el premio Nóbel de literatura de vez en cuando a un científico de gran formato: una vez, a Mommsen el historiador; otra vez, a Bergson el filósofo. Ahora le llega la propuesta en favor de Menéndez Pidal. Ya serían bastantes sus títulos de investigador y Maestro. Don Ramón Menéndez Pidal ha nacionalizado, como es sabido, el estudio de las disciplinas científicas de nuestra lengua: ha creado escuela, anima en el Centro de Estudios Históricos un laboratorio activo y diverso de prestigio universal, cuenta ya un catálogo imponente de obra escrita, ha vitalizado la España medieval, ha rastreado fuentes, reconstituído textos, ilustrado mitos, esclarecido cuestiones múltiples que aprovechan a toda suerte de estudiosos: al jurista, al historiador, al gramático, al lector de nuestros clásicos, al espectador de nuestras costumbres... Pero ha llevado a todo eso el poderoso aliento del poeta que crea emociones y hace verdad. España lanza su nombre a Estocolmo, y es seguro que a la candidatura de Menéndez Pidal no faltará apoyo alguno.

M. Fernández Almagro

Estampas

¡Cuidado si se nos va de las manos el muelle de Puntarenas!

¿Seguiremos siendo los animales de la fábula?

=Colaboración directa=

Personajes y personillas estarán disputándose el puesto de honor en la realización de esta gran obra que es el muelle de Puntarenas. Y no es por cierto el honor imperecedero. Este será para aquellos que desenvuelvan su capacidad de sacrificio y luchen contra las acechanzas de adentro y de afuera que quieran hacerlo su presa. Conservar el muelle al servicio de los intereses de la nación, es la aspiración que debemos vivir y hacer vivir a las generaciones venideras. Su importancia en la vida libre de Costa Rica es enorme. No permitamos que penetre en nuestra educación la noción que difunden de toda empresa nacional, de ser cosa difícil y costosa. Si empezamos por creernos incapaces para administrarla, pronto la abandonaremos al dominio y a la explotación ajenos.

Para querer su independencia nos basta ver con reflexión austera la suerte de Limón. Por torpeza, por ausencia de visión, dimos a la United Fruit Co. el muelle que el país había construído para hacer posible el tráfico marítimo por el lado atlántico. Y dejamos además a esa Compañía construir su propio muelle y adueñarse del ferrocarril, con lo cual la hicimos amo de nuestra salida al mar. La pusimos a eliminar competencias, a absorber el transporte. El resultado es la subordinación completa en que el país vive, el vasallaje que imprime la United Fruit Co. Controlando los muelles, controla los barcos que a ellos llegan, los pasajeros y la carga. El esmero estará siempre al servicio de sus navíos. Para los demás habrá estorbos, imposiciones que alejen la competencia.

Países como Costa Rica, con una única salida a cada océano, no deben permitir que sus muelles tengan dueño extranjero. En conservarlos como empresas de la nación, destinadas a hacer posible su libertad, debemos empeñarnos tenazmente. Perdido el Atlántico, nuestra salvación está en la obra del Pacífico. El mundo debe saber que hay un puerto al cual tienen acceso todas las naves, sin distinción de dueño ni de nacionalidad. Debe saber que hay construido en él el muelle que garantiza un trato decoroso, el muelle que un país levantó para no perder su independencia. Es urgente difundir el conocimiento de que es un muelle de la nación, de una nación libre. Sabrá el comercio marítimo mundial que por este puerto podrá desembarcar su mercadería contando con la protección honrada.

Pero al llevar afuera la noticia de un muelle que quiere encauzar hacia él un tráfico abundantísimo, debemos imponernos el deber de conservar ese muelle propiedad de la nación, controlado y administrado por la nación. Ahora ha sido fácil decir que se ha puesto al servicio en el año de 1930. Lo difícil será no poder decir que en el 1932 o 35 se dió en arriendo a tal compañía extrajera. Y decimos difícil, porque la indiferencia, el abandono, la torpeza y hasta la maldad con que estamos acostumbrados a tratar las cosas de la patria, nos inclina al aspecto sombrío. Por lo mismo que el muelle es obra de trascendencia, su conservación exige un gran sacrificio. Y no sabemos si seremos capaces de ofrecerlo. Estamos habituados a confiar que sean los demás los que hagan, los que hablen por nosotros. Adoptamos la actitud más cómoda, las que nos permite seguir los sucesos como espectadores. Mientras tanto el país vive en un sopor, mordidos sus intereses vitales por las tarascas más abominables. Pequeños grupos se arman para la defensa, pero el ejemplo no cunde. A ratos dan ganas de ir de casa en casa gritando a esa indiferencia su crimen, el crimen cometido contra la libertad. ¿Qué prepara esa inmensa cantidad de gente agazapada ante las astucias infernales del *trust* de la electricidad? Lo que se ve venir es terrible. Dominará la política y con ella impondrán su vasallaje sobre la electricidad. Sin embargo, no quieren ponerse de pie esos montones de gente sin noción de lo que es vivir bajo todas las esclavitudes imaginables.

Con el muelle, con este muelle que ahora podemos mirar libre del poder extraño y menguado, vendrán los intereses que no pueden verle nada libre a un país, a buscarle subordinación. Dirán lo de siempre, la letanía que el liberto aprende por imperativo de su tara imborrable. El amo que quiera reducir a su dominio esta obra nacional buscará al liberto y oiremos entonces el descrédito contra el Estado empresario y los incalculables beneficios de la administración particular, la cual en todo caso tendrá que darla la empresa extranjera. El liberto no puede sentir jamás un ambiente en donde no pese el vaho del amo. El muelle de Puntarenas, dirá dentro de poco tiempo el liberto, es empresa ruinosa mientras no la demos a esta o a la otra compañía que tiene una larga experiencia en esta clase de negocios. El Estado no debe sino contentarse con que la obra se conserve. Pero el servicio debe darlo el extranjero con domicilio, si es posible, en los Estados Unidos.

No se nos acuse de jactancia profetizadora, porque aquí no se necesita el ciudadano con sentido profético. Los hechos se suceden con gran regularidad y basta observarlos para concluir que cuanta obra esté destinada a servir los intereses vitales de la nación, se ve asediada por los que piden el regreso de la colonia. Y es de urgencia crear un nuevo espíritu que mate esa tara desgraciada. Nuestros educadores deberían revisar sus ideas y si no hay en ellas campo para la difusión del amor ascendrado por las obras destinadas a procurar muchísima parte de nuestra libertad, están obligados a ponerse al día. Ya no es posible una educación que no haga sentir al costarricense que su vida está vinculada a todas estas obras que el país va edificando para que sirvan los intereses de su libertad.

La falta de interés con que todos vemos el fin que esas obras van tomando, reside en la incomprensión por ellas. Y sólo la escuela puede crear ese espíritu. Si acabamos de construir este muelle y ya vemos cómo acuden de muchas partes del mundo barcos que dan y recogen carga, lo justo es aprovecharnos del suceso, no por su lado de espectáculo, sino por su aspecto creador. Incluyamos en nuestras fechas memorables la del año en que el muelle de Puntarenos fue puesto por la nación al servicio de sus intereses. En las escuelas y colegios se hará de esta fecha enseñanza constante, sin rito, sin ceremonia estúpida, sin esa ceremonia tan difundida entre nosotros. Porque no hay que confundir el amor patriótico por esas obras, con la algazara escolar. De algazaras hemos venido viviendo y el resultado es la falta de comprensión, la indiferencia, la abulia metida en la carne y en el alma del costarricense. Nos hemos figurado que con enfilar en cada fecha del calendario a la población escolar y ponerla a recitar y cantar, ya hemos realizado un gran esfuerzo por la libertad de la patria. Gran engaño, por cierto. Y no queremos que si por humorada o por raro sentido creador, el año de la inauguración del muelle llega a tener sitio en nuestro recuerdo, sea ello para hacer el rito de que estamos cansados y hasta asqueados.

Eduquemos a cada generación en el amor por estas obras grandes, pero realmente eduquémosla. Solo matando el rito estaremos capacitados para sentir que debemos conservarlas siempre al servicio de la nación. No hemos podido ver este muelle en donde ahora se carga y se descarga bajo el control de la nación, sin que nuestra reflexión se haya movido profundamente. Lo hemos recorrido de día y de noche y mientras lo hacíamos, pensábamos en que para salvarlo de la absorción a que está condenado por la inferioridad en que nos han acostumbrado a vivir, es preciso infundir en el costarricense un gran amor por él. Hagamos el contraste con el de Limón. El de nuestro puerto del Atlántico es una servidumbre que explota la United Fruit Co. y por lo mismo, una obra negativa a la libertad de Costa Rica. Este de Puntarenas lo vemos libre y por esa razón, lleno de grandes promesas. Lo importante ahora es realizarlas, no ser menguados y tolerar que la maldad o la ceguera lo entreguen a la explotación esclavizante. Por eso afirmábamos al principio que el honor imperecedero no pueden reclamarlo ni las figuras ni las figurillas que se crean con derecho a reclamar la realización o la iniciativa de la obra, sino aquellos costarricenses que la salven como empresa de la nación. Y esto requiere sacrificio que sólo podrán dar los que sientan que la patria está acechada por innumerables fuerzas satánicas.

Juan del Camino

Puntarenas y marzo del 31.

Tablero
=1931=
Einstein o el sabio

Einstein ha rechazado una oferta principesca que le ha hecho un magnate de Hollywood. $ 200,000 por ayudar a la confección de una película científica." No, ha dicho Einstein, un minuto de mis investigaciones vale más que todo el oro que podáis ofrecerme".

Sólo las civilizaciones refinadas producen tipos como Einstein. El puro hombre de ciencia, el intelectual alejado de todas las cosas mundanales, el filósofo, a cuyos oídos no llega el retintín de la moneda de oro, son producto de la cultura extrema.

Suele decirse que la bondad, las virtudes, el desprendimiento, han huído de las urbes monstruosas, de las naciones saturadas de riqueza y se han refugiado en pueblos atrasados y pobres, buscando la paz de las ciudades anticuadas o de los campos. Tremendo error. En ninguna parte es tan feroz el egoísmo ni se halla la fiera humana tan a flor de piel como en estas colectividades tímidas y apocadas, a donde no han llegado las tentaciones de la civilización moderna ni los refinamientos inventados por los hombres para evitar el *tedium vitae*. Vaya usted a analizar cada horrendo crimen de los que se cometen en aldeas eglógicas, junto al rumor del manso río y al arrullo del balar de las ovejas; investigue usted los dramas íntimos de estas ciudades en donde el pudor colectivo suele alarmarse con extraordinaria facilidad. Y por el contrario, anote los hechos heróicos, el desprendimiento, la generosidad de las gentes en las modernas Babilonias. Cuándo un rico dedicó la mayor parte de su fortuna a obras de beneficencia o de cultura en una de estas agrupaciones primitivas, ni qué otra ciudad dió el ejemplo admirable de Nueva York, que movilizó todos sus cuantiosos recursos para que ningún pobre se quedara sin obsequio de Navidad? En dónde están los actos de sublime abnegación, de solidaridad humana que a cada rato registran los diarios de París, Londres, Berlín y Nueva York que se nos pintan como los asientos del vicio y la depravación?

El caso de Einstein no es en Europa raro. Por el contrario, todos los días vemos sabios que sacrifican su vida en una investigación, hombres de ciencia que rechazan la riqueza, humildes empleados de laboratorio que pasan la vida dedicados a servir a la humanidad. Civilización y progreso son también bondad, nobleza, heroísmo y abnegación.

(*El Tiempo*. Bogotá.)

El premio Nóbel...

(Viene de la página 172)

tencia y artística continuidad de ciertos temas sencillos que aparecen ya en Homero, pasan a Herodoto y a los primitivos historiadores y resurgen constantemente, con renovada juventud, en la poesía y en el drama. «Pero ahora don Ramón nos va a ofrecer otro motivo de asombro. Ha vuelto a hallar la antigua epopeya de su país, nos la ha mostrado dispersada en las viejas crónicas, fragmentada luego en los romances, para ir al cabo a parar a ese teatro en que toda el alma española se encierra. «Y ése es— concluye M. Martinenche—, después del milagro griego, el milagro español.»

Con este nuevo mágico prodigioso la belleza no se torna esqueleto. Al revés; en sus libros, cuyo estilo literario, tan fino y sobrio, ha elogiado delicadamente *Azorín*, son los huesos perdidos los que, amorosamente restaurados, se convierten en un cuerpo armónico, adquieren un alma y se truecan en belleza...

Con razón, pues, la Academia Española, y esta vez con el fervoroso aplauso de todos, solicita ahora el premio Nóbel de la Literatura para D. Ramón Menéndez Pidal.

Luis de Zulueta

Pan saxoamericano

En el servicio de Información Panamericana, que se edita en Nueva York, y del cual es director Mr. C. C. Martin, encontramos con fecha 10 del mes en curso, la siguiente información, que de seguro sorprenderá a todos:

"Nueva York, enero.—El pan moreno que,

desde hace muchísimos años, constituye uno de los principales alimentos del pueblo colombiano, pasará dentro de poco a la categoría de reliquia histórica. Así lo hace suponer la circunstancia de que en el vapor *Venezuela*, de la Panamá Mail Steamship Company, que zarpó de este puerto el día 6 de los corrientes para Colombia, el Ecuador, el Perú y Chile, llevaba a bordo al señor Maximiliano Schmidt, de la U. S. A. Corporation, de Chatanuga, Tenesí, quien tomó pasaje para el primero de dichos países con el propósito de dirigir la instalación de un buen número de panaderías que, montadas enteramente a la moderna, establecerá en Colombia la compañía de que es alto empleado.

Los flamantes establecimientos estarán dotados del mismo equipo de las panaderías estadounidenses y en ellos se implantarán los últimos adelantos que ha alcanzado acá la industria del ramo. Seguro es, pues, que dentro de breve tiempo los camiones repartidores se detendrán a la puerta de los hogares de la culta república sudamericana, para entregarles lindas hogazas de níveo pan, previamente rebanadas a máquina en la panadería y envueltas en papel encerado que las resguarde del aire y del polvo y conserve el pan siempre fresco y en perfectas condiciones higiénicas".

Muy agradable. Los colombianos estaremos regocijados de ver el níveo pan saxoamericano, envuelto por esa civilización profiláctica, y transportado en camiones que nos harán sentir que la vida es corta, aun para comer pan. Pero no podemos pasar inadvertida una circunstancia: el pan negro, pan moreno, como dice recientemente el informador, no existe en Colombia. Esta rectificación sirve para que no lo crean así en Estados Unidos, en primer término, y en segundo lugar para que los colombianos, al enterarse por una compañía informativa de tanta seriedad, vayan a creer que es moreno, duro y amargo su pan comparado con el rubio, limpio y envuelto y transportado en camiones, de Nueva York.

Ni peor ni mejor que el que puede comer Mr. Hoover en la Casa Blanca, nuestro pan llega todas las mañanas a muy buena hora a cada casa. Si llega más temprano con la compañía industrial de pan blanco que fundarán los Estados Unidos, nos veremos en el terrible compromiso de levantarnos más temprano, para poder devorarlo antes de que se torne viejo.

(De *El Tiempo*, Bogotá.)

Resolución de protesta

París, enero de 1931.

Señor Director de *Repertorio Americano*
San José de Costa Rica.

Señor Director:

La Sección Aprista de París ha acordado en asamblea de la fecha rogar a Ud. la publicación de la siguiente resolución de protesta:

«La sección Aprista de París, denuncia ante la prensa de América la persecución de que se hace víctimas a los miembros del Partido Aprista Peruano por el gobierno de Lima que preside el Comandante Sánchez Cerro. Controlado por los miembros directores del Partido Conservador o Civil del Perú, el gobierno de hecho que sustituyó al del presidente Leguía, ha realizado una serie de atropellos contra los derechos ciudadanos que no sólo significan la repetición de los abusos cometidos por el gobierno de Leguía, sino que son una evidente violación de las promesas que hizo el jefe del pronunciamiento militar al tomar el gobierno del Perú.

»El Partido Aprista Peruano sólo exige el cumplimiento de las promesas suscritas por el jefe militar que derrocó al presidente Leguía: elecciones generales y libres sobre la base del voto secreto, libertad de opinión y libertad de organización. En ese sentido ha luchado legalmente el Partido Aprista Peruano, respondiendo el gobierno militar con las siguientes medidas de fuerza: Arresto y prisión del conocido intelectual Carlos Manuel Cox, quien durante cinco años vivió en México desterrado por Leguía. Cox fue enviado a la isla de San Lorenzo, seis días después de su llegada a Lima por haber solicitado permiso a las autoridades para ofrecer una conferencia sobre los fines del Partido Aprista. Persecución de otro de los líderes apristas, Manuel Seoane, quien después de seis años de destierro volvió a Lima, habiendo sido perseguido desde el tercer día de su arribo. Seoane se asiló en la Embajada de Chile y fue después desterrado del país. Persecución del secretario general del Comité Nacional del Partido, Luis Eduardo Enríquez, quien se halla actualmente refugiado y oculto. Supresión del semanario órgano del Partido, *Apra*, que se editaba en Lima. Prohibición del Gobierno para que retornen al Perú los desterrados apristas y entre ellos el jefe del Partido, Haya de la Torre. Campaña oficial contra el aprismo y persecución de varios periodistas simpatizantes del aprismo o sostenedores del principio de las elecciones generales y del voto secreto, figurando entre ellos los conocidos intelectuales Luis Alberto Sánchez, y otros.

»La campaña oficial que dictó el Civilismo peruano y que ejecuta el gobierno militar, contra el Partido Aprista Peruano, se debe indudablemente a la gran mayoría de opinión con que cuenta el Partido en el país. Los puntos de vista apristas demandando elecciones inmediatas y generales, voto secreto y respeto absoluto a las libertades públicas, interpretan el sentir general de la Nación. Los apristas peruanos *sólo piden que se respete el principio de la soberanía popular* que Leguía atropelló y que el gobierno actual pretende desconocer. La opinión pública rechaza la proyectada convocatoria a elecciones para una asamblea constituyente porque sabe que sin libertad de opinión, sin libertad de sufragio y sin libertad de organización, esas elecciones serán una burla a la verdadera voluntad nacional. Con las prisiones políticas llenas de detenidos sin proceso, no es posible esperar elecciones libres. No es posible esperarlas, mientras el Partido Aprista Peruano, que es el que cuenta con mayor arraigo popular, carece absolutamente de libertades. Las declaraciones del Comandante Sánchez Cerro anunciando que permanecerá en el poder ocho años, explican todas las medidas adoptadas contra el Partido Aprista Peruano defensor de las libertades públicas.

»Creemos señor Director, que interesa a la opinión de América conocer la realidad actual del Perú. Debemos anotar también que el Congreso Ibero-Americano de Estudiantes, reunido recientemente en México, acordó unánimemente protestar contra la política despótica del gobierno de Lima, pidiendo que cesen las persecuciones a estudiantes que en los últimos tiempos han conmovido profundamente en el Perú».

Rogamos a Ud. la publicación de esta comunicación y la agradecemos anticipadamente.

Por la Sección Aprista de París,

El Secretario General,

Alfredo González Willis

Comentario

Waldo Frank ha enviado a los estudiantes de Cuba un mensaje[1] místico. En él no promete el pensador de *Nuestra América* una meta de triunfo, ni da a los muchos admirables de la Habana la esperanza de un cambio que sea realización de su anhelo. Cuba, para Waldo Frank, está encadenada a duras y tristes fatalidades: a Machado, rapaz y despótico, no puede suceder sino un mandatario dócil a los mandatos del Norte. Y en el Norte se maltrata al espíritu, en cuyas banderas sirven los escolares de Cuba. Si la nueva rebeldía quiere ser fiel al espíritu tendrá que erguirse de nuevo, con más violencia—y más riesgo—que hoy, frente al Presidente-Procónsul. Con todo, la pugna sin tregua es, por hoy, el camino único. Por él se logra, al menos, una vida noblemente disparada hacia un objetivo que le da sustancial envergadura. Si no se llega a una Cuba de decorosa realidad pública, se toca la realidad de un batallar en nosotros mismos que resarce del fracaso del ansia política.

El *Mensaje* de Waldo Frank, plantea una cuestión grave. ¿Cabe la salvación de Cuba —de las Antillas, de Hispanoamérica—por caminos cubanos, antillanos, hispanoamericanos? ¿O hay que ir a la mutación mundial que traiga la dignidad de las naciones pequeñas, de los pueblos económicamente desvalidos? ¿Hay en las islas del Caribe soportes en que apoyar las resistencias frente al capitalismo yanqui? ¿Puede encontrarse entre nosotros una honda de David?

Hay en las palabras del poeta de *España Virgen* una gran verdad: la vida colectiva de Cuba, desequilibrada y corrompida por el poder turbio de Wall Street, no puede vestirse de decoro en tanto no se quebrante ese poder. El quebranto ha de venirle del ataque de los intereses humanos en esclavitud, de los que sufren en New York y en la Habana. Bien orientada una juventud como la cubana que no combate tanto al Dictador como a la realidad económica—colonial—que lo produce y lo sostiene. Digno de la voz de Waldo Frank el estudiante que sabe a su tierra hundida en doble supeditación: obediente a la fuerza ilegítima del político audaz, cómplice de la Compañía azucarera yanqui; resignada a la orden del banquero sin escrúpulo, señor del político y del Ingenio de azúcar.

El apoyo en la angustia y en la vergüenza herida en toda latitud parece la única vía para dar independencia al cubano. En tanto llega la ocasión del acuerdo continental, mientras se liquida la posibilidad de una liberación por medios políticos interiores, continúe el estudiante de la Habana y de Santiago debilitando al gran enemigo con su empuje ardoroso y limpio. Los tiempos no están maduros para el éxito, pero hace tiempo que maduraron para la acción.

Juan Marinello.

(*Envío del autor*)

71st CONGRESS 3d SESSION **S. RES. 388**

IN THE SENATE OF THE UNITED STATES
JANUARY 5, 1931

Mr. KING submitted the following resolution; which was ordered to lie on the table

RESOLUTION

1 *Resolved*, That it is the sense of the Senate
2 that the President should immediately
3 withdraw from Nicaragua the armed
4 forces of the United States.

«The resolution introduced by Senator King has been given to our Legislative Committee to help secure its passage. The dissension in the Senate makes it doubtful if the resolution can be taken up. We are in hearty sympathy with this legislation.»

W. GREEN, President,
American Federation of Labor.

(*Fragmento de carta.*)

[1] Léase tal mensaje en el Num. 1º. del tomo en curso.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica